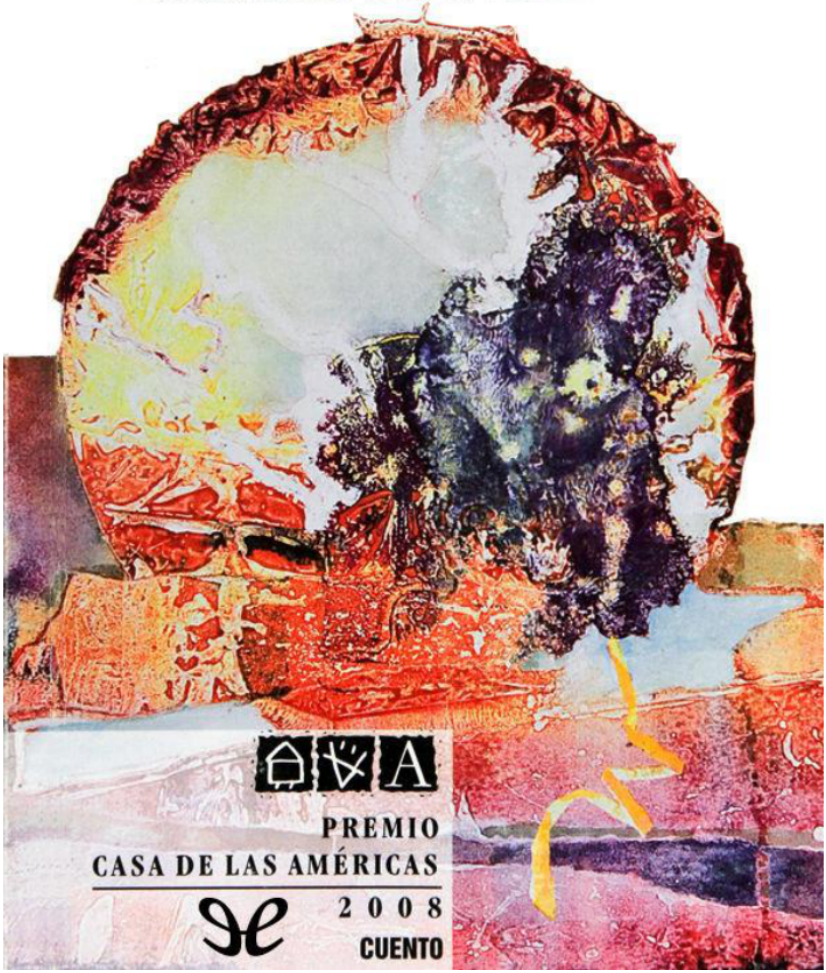
La furia de las pestes

Samanta Schweblin



PREMIO
CASA DE LAS AMÉRICAS
2008
CUENTO

Sin alardes lingüísticos ni formales, dotada de una loable gracia y de una imaginación comparable a la de los grandes maestros del relato, la autora de *La furia de las pestes* nos propone el regreso a esa literatura donde prima el placer de contar. Moviéndose con nerviosismo en la delgada línea que separa lo absurdo de lo paranoico, lo mágico de lo real, lo extravagante de lo cotidiano, los personajes de estas historias (un hombre sirena, un cavador, un pintor o unos viajeros ocasionales) nos revelan sus temores, sus angustias, las infidelidades, el hastío y la desesperación que los obliga a existir más allá de lo supuestamente humano.

Samanta Schweblin

La furia de las pestes

ePub r1.0
Titivillus 14.05.2023

Samanta Schweblin, 2008
Diseño de cubierta: Norma Villarreal (Argentina), *Cuando estalle el tiempo,* 1999

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Irman

ÓLIVER MANEJABA. Yo tenía tanta sed que empezaba a sentirme mareado. El parador que encontramos estaba vacío. Era un bar amplio, como todo en el campo, con las mesas llenas de migas y botellas, como si hubiera almorzado un batallón hace un momento y todavía no hubieran hecho tiempo para limpiar. Elegimos un lugar junto a la ventana. Sobre el mostrador había un ventilador de pie del que no llegaban ni noticias. Necesitaba tomar algo con urgencia. Óliver sacó un menú de otra mesa y leyó en voz alta algunas opciones. Un hombre apareció tras la cortina de plástico. Era muy petiso. Tenía un delantal atado a la cintura y un trapo rejilla oscuro de mugre le colgaba del brazo. Aunque parecía el mozo, se lo veía desorientado, como si alguien lo hubiese puesto ahí repentinamente y ahora él no supiera muy bien qué debía hacer. Caminó hasta nosotros. Saludamos; él apenas asintió. Óliver pidió las bebidas, e hizo un chiste sobre el calor, pero no logró que el tipo abriera la boca. Me dio la sensación de que si elegíamos algo bien simple le hacíamos un favor, así que le pregunté si había algún plato del día, algo fresco y rápido y él dijo que sí y se retiró, como si algo fresco y rápido fuese una opción del menú y no hubiese nada más que decir. Regresó a la cocina y vimos su cabeza aparecer y desaparecer en las ventanas que daban al mostrador. Miré a Óliver, sonreía; yo tenía demasiada sed para reírme. Pasó un rato, mucho más tiempo del que lleva elegir dos botellas frías de cualquier cosa y traerlas hasta la mesa, y al fin otra vez el hombre apareció. No traía nada, ni un vaso. Me sentí pésimo, pensé que si no tomaba algo ya mismo iba a volverme loco, ¿y qué le pasaba al tipo? ¿Cuál era la duda? Se paró junto a la mesa. Tenía gotas en la frente y

aureolas en la remera, bajo las axilas. Hizo un gesto con la mano, confuso, como si fuera a dar alguna explicación, pero se interrumpió. Le pregunté qué pasaba, supongo que en un tono un poco violento. Entonces se volvió hacia la cocina, y después, esquivo, dijo:

—Es que no llego a la heladera.

Miré a Óliver. Óliver no pudo contener la risa y eso me puso de peor humor.

—¿Cómo que no llega a la heladera? ¿Y cómo mierda atiende a la gente?

—Es que… —se limpió la frente con el trapo. El tipo era un desastre— mi mujer es la que agarra las cosas de la heladera —dijo.

—¿Y…? —Tuve ganas de pegarle.

—Que está en el piso. Se cayó y está…

—¿Cómo que en el piso? —lo interrumpió Óliver.

—Y, no sé. No sé —repitió levantando los hombros, las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Dónde está? —dijo Óliver.

El tipo señaló la cocina. Yo sólo quería algo fresco y ver a Óliver incorporarse acabó con todas mis esperanzas.

—¿Dónde? —volvió a preguntar Óliver.

El tipo señaló otra vez la cocina y Óliver se alejó en esa dirección, volviéndose una que otra vez hacia nosotros, como desconfiando. Fue extraño cuando desapareció detrás de la cortina y me dejó solo, frente a frente con semejante imbécil.

Tuve que esquivarlo para poder pasar cuando Óliver me llamó desde la cocina. Caminé despacio porque previ que algo estaba pasando. Corrí la cortina y me asomé. La cocina era chica. Había cacerolas, sartenes, platos y cientos de cosas apiladas sobre estanterías o colgadas. La mujer estaba en el suelo, parecía un gran animal marino dejado por la marea. Aferraba en la mano izquierda un cucharón de plástico. La heladera colgaba más arriba, a la altura de las alacenas. Era una de esas heladeras de quiosco, de puertas transparentes que van sobre el piso y se abren desde arriba, sólo que ésta estaba ridículamente amurada a la pared, siguiendo la línea de las alacenas y con las puertas hacia el frente. Óliver me miraba.

—Bueno —le dije—, ya viniste hasta acá, ahora hacé algo.

Escuché que la cortina de plástico se movía y el hombre se paró junto a mí. Era mucho más petiso de lo que parecía. Creo que yo casi le llevaba tres cabezas. Óliver se había agachado junto al cuerpo pero no se animaba a tocarlo. Pensé que la gorda podía despertarse en cualquier momento y ponerse a gritar. Le corrió los pelos de la cara. Tenía los ojos cerrados.

—Ayúdenme a darla vuelta —dijo Óliver.

Me acerqué, y la tomé de uno de los brazos. El tipo ni se movió.

—¿No va a ayudar? —le pregunté.

—Me da impresión —dijo el desgraciado—, está muerta.

Soltamos inmediatamente a la gorda y nos quedamos mirándola.

—¿Cómo que muerta? ¿Por qué no dijo que estaba muerta?

—No estoy seguro, me da la impresión.

—Dijo que «le da impresión» —dijo Óliver—, no que «le da la impresión».

—Me da impresión que me dé la impresión.

Óliver me miró; su cara decía algo así como «yo a este lo cago a trompadas».

Me agaché, y busqué el pulso en la mano del cucharón. Cuando Óliver se cansó de esperarme puso sus dedos frente a la nariz y la boca de la mujer y dijo:

—Ésta está muertísima, vámonos.

Y entonces sí, el desgraciado se desesperó.

—¿Cómo irse? No, por favor. No puedo solo con ella.

Óliver abrió la heladera, sacó dos gaseosas, me dio una y salió de la cocina puteando. Lo seguí. Abrí mi botella y creí que el pico no llegaría nunca a mi boca. Me había olvidado de la sed que tenía.

—¿Y? ¿Qué te parece? —dijo Óliver. Respiré aliviado. De pronto me sentí con diez años menos y de mejor humor—. ¿Se cayó o la bajó? —dijo. Todavía estábamos cerca de la cocina y Óliver no bajaba la voz.

—No creo que haya sido él —dije en voz baja—, la necesita para llegar a la heladera, ¿o no?

—Llega solo…

—¿Realmente creés que la mató?

—Puede usar una escalera, subirse a la mesa, tiene cincuenta sillas de bar… —dijo señalando alrededor. Me pareció que hablaba alto a propósito así que yo bajé más la voz:

—Quizá sí es un pobre tipo. Quizá realmente es estúpido y ahora se queda solo con la gorda muerta en la cocina.

—¿Querés que lo adoptemos? Lo cargamos atrás y lo soltamos cuando llegamos.

Tomé unos tragos más y me quedé mirando la cocina. El infeliz estaba parado frente a la gorda y sostenía en el aire un banco, sin saber muy bien dónde ponerlo. Óliver me hizo una seña para que volviéramos a acercarnos. Lo vimos dejar el banco a un lado, tomar un brazo de la gorda y empezar a tirar. No pudo moverla ni un centímetro. Descansó unos segundos y volvió a intentarlo. Probó apoyar el banco sobre una de las piernas, una de las patas tocando la rodilla. Se subió y se estiró lo más que pudo hacia la heladera. Ahora que le daba la altura, el banco quedaba demasiado lejos. Cuando giró hacia nosotros para bajar, nos escondimos y nos quedamos sentados en el suelo, contra la pared. Me sorprendió que no hubiera nada en el bajomesada del mostrador. Sí arriba, en la repisa, y más arriba las coperas y las alacenas también estaban repletas, pero nada a nuestra altura. Lo escuchamos mover el banco. Suspirar. Hubo silencio y esperamos. De pronto se asomó tras la cortina. Sostenía un cuchillo con gesto amenazador, pero cuando nos vio pareció aliviarse, y volvió a suspirar.

—No alcanzo a la heladera —dijo.

Ni siquiera nos paramos.

—No alcanza a ningún lado —dijo Óliver.

El tipo se quedó mirándolo como si el mismísimo Dios se hubiera parado frente a él para hacerle saber la razón por la que estamos en este mundo. Dejó caer el cuchillo y recorrió con la mirada los bajomesadas vacíos. Óliver estaba satisfecho: el tipo parecía traspasar los horizontes de la estupidez.

—A ver, prepárenos un omelet —dijo Óliver.

El hombre se volvió hacia la cocina. Su rostro imbécil de estupor reflejaba los utensilios, las cacerolas, casi toda la cocina colgando de las paredes o sobre las estanterías.

—Ok, mejor no —dijo Óliver—, haga unos simples sánguches, seguro que puede con eso.

—No —dijo el tipo—, no alcanzo a la sanguchera.

—No lo tueste, no puedo pedirle tanto. Sólo traiga el jamón, el queso y un pedazo de pan.

—No —dijo—, no —volvió a repetir negando con la cabeza, parecía avergonzado.

—Ok. Traiga un vaso de agua entonces.

Negó.

—¿Y cómo mierda sirvió a este regimiento? —dijo Óliver señalando las mesas.

—Necesito pensar.

—No necesita pensar, lo que necesita es un metro más de altura.

—No puedo sin ella…

Pensé en bajarle algo fresco, pensé que tomar algo le vendría bien, pero cuando intenté levantarme Óliver me detuvo.

—Tiene que hacerlo solo —dijo—, tiene que aprender.

—Óliver…

—Decime algo que sí puedas hacer, una cosa, algo.

—Llevo y traigo la comida que me dan, limpio las mesas…

—No parece —dijo Óliver.

—… puedo mezclar las ensaladas y condimentarlas si ella me deja todo listo sobre la mesada. Lavo los platos, limpio el piso, sacudo los…

—Ok, ok. Ya entendí.

Entonces el tipo se queda mirando a Óliver, como sorprendido:

—Usted… —dijo—, usted sí llega a la heladera. Usted podría cocinar, alcanzarme las cosas…

—¿Qué dice? Nadie va a alcanzarle las cosas.

—Pero usted podría trabajar, tiene la altura —dio un paso tímido hacia Óliver, que a mí no me pareció prudente—, yo le pagaría —dijo.

Óliver se volvió hacia mí:

—Este imbécil me está tomando el pelo, me está tomando el pelo.

—Tengo plata. ¿Cuatrocientos la semana? Puedo pagarle. ¿Quinientos?

—¿Paga quinientos la semana? ¿Por qué no tiene un palacio en el fondo? Este imbécil…

Me levanté y me paré detrás de Óliver: iba a pegarle en cualquier momento, creo que lo único que lo detenía era la altura del tipo.

Lo vimos cerrar los pequeños puños, como compactando una

masa invisible que poco a poco se reducía entre sus dedos, los brazos le temblaron, se puso morado.

—Mi plata no le incumbe —dijo.

Óliver volvió a hacer eso de mirarme cada vez que el otro le hablaba, como sin poder creer lo que estaba viendo. Parecía disfrutarlo, pero nadie lo conoce mejor que yo: nadie le dice a Óliver qué hacer.

—Y por la camioneta que tiene —dijo el tipo mirando hacia la ruta—, por la camioneta que tiene se diría que manejo la plata mejor que usted.

—Hijo de puta —dijo Óliver, y se abalanzó sobre él. Alcancé a sostenerlo. El tipo dio un paso atrás, sin miedo, con una dignidad que le daba un metro más de altura, y esperó a que Óliver se calmara. Lo solté.

—Ok —dijo Óliver—. Ok.

Se quedó mirándolo; estaba furioso, pero había algo más en su calma contenida, y entonces le dijo:

—Y a ver... ¿Dónde está tu plata? ¿Eh?

Miré a Óliver sin entender. Óliver dio un paso, tomó al tipo de la camisa y lo levantó en el aire.

—¿Dónde está?

—¿Qué hacés? —dije.

—¿Va a robarme? —dijo el tipo.

—Voy a hacer lo que se me cante el orto, pedazo de mierda.

La fuerza con que Óliver lo había levantado lo hacía oscilar un poco hacia los lados. Pero él lo miraba a los ojos sin abrir la boca.

Óliver lo soltó. El tipo cayó, se acomodó la camisa.

—Ok —dijo Óliver—. O traes la plata, o te rompo la cara.

Y levantó el puño bien cerrado a la altura de la nariz del tipo.

—Está bien —dijo el otro, dio un paso hacia atrás, despacio, cruzó la barra en sentido contrario al de la cocina y desapareció tras una puerta.

—Pedazo de imbécil —dijo Óliver.

Me acerqué a él para que no nos escuchara:

—¿Qué estás haciendo? Tiene a la mujer muerta en la cocina, vámonos.

—¿Viste lo que dijo de mi camioneta? El imbécil quiere contratarme, ser mi jefe, ¿entendés?

Óliver empezó a revisar las estanterías de la barra, a correr botellas, cajas, papeles.

—Qué va a tener plata este imbécil...

—Óliver, vámonos. Ya te desquitaste.

Encontró una caja de madera, parecía una de esas cajas viejas de «habanos».

—Ésta es la caja —dijo Óliver.

—Váyanse —escuchamos.

El tipo estaba parado en el medio de la sala, y sostenía una escopeta de doble caño que apuntaba directamente a la cabeza de Óliver. Óliver escondió tras de sí la caja. El tipo sacó el seguro del arma y dijo:

—Uno.

—Nos vamos —dije, tomé a Óliver del brazo y empecé a caminar—. Lo siento, realmente lo siento. Y siento lo de su mujer también, yo…

Tenía que hacer fuerza para que Óliver me siguiera, como si tirara de un chico caprichoso.

—Dos.

Pasamos cerca de él, la escopeta a un metro de la cabeza de Óliver.

—Lo siento —volví a decir.

Ya estábamos cerca de la puerta. Hice salir primero a Óliver para que el tipo no viera que se llevaba la caja.

—Tres.

Solté a Óliver y corrí hacia la camioneta. No se si él tuvo miedo o no, pero no corrió. Subió a la camioneta, dejó la caja sobre el asiento, encendió el motor, y salimos en la dirección en la que veníamos.

—Abrila —dijo.

—Óliver…

—Abrila, maricón.

Tomé la caja. Era liviana y demasiado chica para contener una fortuna. Tenía una llave de fantasía, como de cofre. La abrí.

—¿Qué hay? ¿Tiene plata o no?

—Vos manejá —dije—, creo que son papeles.

Óliver se volvía cada tanto para espiar lo que yo revisaba. Había un nombre grabado en la contratapa de madera, decía «Irman», y

debajo había una foto del tipo muy joven, sentado sobre unas valijas en una terminal, parecía feliz. Me pregunté quién le habría sacado la foto. También había cartas encabezadas con su nombre: «Querido Irman», «Irman, mi amor», poesías firmadas por él, un caramelo de menta hecho polvo y una medalla de plástico al mejor poeta del año, con el logo de un club social.

—¿Hay plata, sí o no?

—Son cartas —dije.

De un manotazo, Óliver me quitó la caja y la tiró por la ventanilla.

—¿Qué hacés? —me volví un segundo para ver las cosas ya desparramadas sobre el asfalto, algunos papeles todavía volando por el aire.

—Son cartas —dijo.

Un rato después vimos sobre la ruta dos parrillas grandes, una a cada mano, con autos estacionados y gente por ahí.

—Tendríamos que haber parado acá —dijo Óliver, y se sacudió inquieto en el asiento, como si realmente lo lamentara.

En la estepa

NO ES FÁCIL LA VIDA en la estepa; cualquier sitio se encuentra a horas de distancia, y no hay otra cosa más para ver que esta gran mata de arbustos secos. Nuestra casa está a varios kilómetros del pueblo, pero está bien: es cómoda y tiene todo lo que necesitamos. Pol va al pueblo tres veces por semana, envía a las revistas de agro sus notas sobre insectos e insecticidas y hace las compras siguiendo las listas que preparo. En esas horas en las que él no está, llevo adelante una serie de actividades que prefiero hacer sola. Creo que a Pol no le gustaría saber sobre eso, pero cuando uno está desesperado, cuando se ha llegado al límite, como nosotros, entonces las soluciones más simples, como las velas, los inciensos y cualquier consejo de revista parecen opciones razonables. Como hay muchas recetas para la fertilidad, y no todas parecen confiables, yo apuesto por las más verosímiles y sigo rigurosamente sus métodos. Anoto en el cuaderno cualquier detalle pertinente, pequeños cambios en Pol o en mí.

Oscurece tarde en la estepa, lo que no nos deja demasiado tiempo. Hay que tener todo preparado: las linternas, las redes. Pol limpia las cosas mientras espera a que se haga la hora. Eso de sacarles el polvo para ensuciarlas un segundo después le da cierta ritualidad al asunto, como si antes de empezar uno ya estuviera pensando en la forma de hacerlo cada vez mejor, revisando atentamente la rutina de los últimos días para encontrar cualquier detalle que pueda corregirse, que nos lleve a ellos, a uno al menos: el nuestro.

Cuando estamos listos Pol me pasa la campera y la bufanda, yo lo ayudo a ponerse los guantes y cada uno se cuelga su mochila al hombro. Salimos por la puerta trasera y caminamos campo adentro.

La noche es fría, pero el viento se calma. Pol va adelante, ilumina el suelo con la linterna. Más adentro el campo se hunde un poco en largas lomas; avanzamos hacia ellas. En esa zona los arbustos son pequeños, apenas alcanzan a ocultar nuestros cuerpos y Pol cree que esa es una de las razones por las que el plan fracasa noche a noche. Pero insistimos porque varias veces nos pareció ver a algunos, al amanecer, cuando ya estamos cansados. Para esas horas, casi siempre me escondo detrás de algún arbusto, aferrada a mi red, y cabeceo y sueño con cosas que me parecen fértiles. Pol en cambio se convierte en una especie de animal de caza. Lo veo alejarse, agazapado entre las plantas, y puede permanecer de cuclillas, inmóvil, durante mucho tiempo.

Siempre me pregunté cómo serán realmente. Conversamos sobre esto varias veces. Creo que son iguales a los de la ciudad, sólo que quizá más rústicos, más salvajes. Para Pol, en cambio, son definitivamente diferentes, y aunque está tan entusiasmado como yo, y no pasa una noche en la que el frío o el cansancio lo persuadan de dejar la búsqueda para el día siguiente, cuando estamos entre los arbustos, él se mueve con cierto recelo, como si de un momento a otro algún animal salvaje pudiera atacarlo.

Ahora estoy sola, mirando la ruta desde la cocina. Esta mañana, como siempre, nos levantamos tarde y almorzamos. Después Pol fue al pueblo con la lista de las compras y los artículos para la revista. Pero es tarde, hace tiempo que debió haber regresado, y todavía no aparece. Entonces veo la camioneta. Ya llegando a la casa me hace señas por la ventanilla para que salga. Lo ayudo con las cosas, él me saluda y dice:

—No lo vas a creer.

—¿Qué?

Sonríe y me indica que entremos. Cargamos las bolsas pero no las llevamos hasta la cocina, no una vez que algo sucede, que al fin hay algo para contar. Dejamos todo a la entrada y nos sentamos en los sillones.

—Bueno —dice Pol. Se frota las manos—, conocí a una pareja; son geniales.

—¿Dónde?

Pregunto sólo para que siga hablando y entonces dice algo maravilloso, algo que nunca se me hubiera ocurrido y, sin embargo,

entiendo que lo cambiará todo.

—Vinieron por lo mismo —dice. Le brillan los ojos y sabe que estoy desesperada por que continúe— y tienen uno, desde hará un mes atrás.

—¿Tienen uno? ¡Tienen uno!, no lo puedo creer…

Pol no deja de asentir y frotarse las manos.

—Estamos invitados a cenar. Hoy mismo.

Me alegra verlo feliz y yo también estoy tan feliz que es como si nosotros también lo hubiéramos logrado. Nos abrazamos y nos besamos, y enseguida empezamos a prepararnos.

Cocino un postre y Pol elige un vino y sus mejores puros. Mientras nos bañamos y nos vestimos me cuenta todo lo que sabe. Arnol y Nabel viven a unos veinte kilómetros de acá, en una casa muy parecida a la nuestra. Pol la vio porque regresaron juntos, en caravana, hasta que Arnol tocó la bocina para avisar que doblaban y entonces vio que Nabel le señalaba la casa. Son geniales, dice Pol a cada rato, y yo siento cierta envidia de que ya sepa tanto sobre ellos.

—¿Y cómo es? ¿Lo viste?

—Lo dejan en la casa.

—¿Cómo que lo dejan en la casa? ¿Solo?

Pol levanta los hombros. Me extraña que el asunto no le llame la atención, pero le pido más detalles mientras sigo adelante con los preparativos.

Cerramos la casa como si no fuéramos a volver durante un tiempo. Nos abrigamos y salimos. Durante el viaje llevo el pastel de manzana sobre la falda, cuidando que no se incline, y pienso en las cosas que voy a decir, en todo lo que quiero preguntarle a Nabel. Puede que cuando Pol invite a Arnol con un puro nos dejen solas. Entonces quizá pueda hablar con ella sobre cosas más privadas, quizá Nabel también haya usado velas y soñado con cosas fértiles a cada rato y ahora que lo consiguieron puedan decirnos exactamente qué hacer.

Al llegar tocamos bocina y enseguida salen a recibirnos. Arnol es un tipo grandote y lleva *jeans* y una camisa roja a cuadros; saluda a Pol con un fuerte abrazo, como un viejo amigo al que no ve hace tiempo. Nabel se asoma tras Arnol y me sonríe. Creo que vamos a llevarnos bien. También es grandota, a la medida de Arnol aunque

delgada, y viste casi como él; me incomoda haber venido tan bien vestida. Por dentro la casa parece una vieja hostería de montaña. Paredes y techo de madera, una gran chimenea en el *living* y pieles sobre el piso y los sillones. Está bien iluminada y calefaccionada. Realmente no es el modo en que decoraría mi casa, pero pienso en que se está bien y le devuelvo a Nabel su sonrisa. Hay un exquisito olor a salsa y carne asada. Parece que Arnol es el cocinero, se mueve por la cocina acomodando algunas fuentes sucias y le dice a Nabel que nos invite al *living*. Nos sentamos en el sillón. Ella sirve vino, trae una bandeja con una picada y enseguida Arnol se suma. Yo quiero preguntar cosas, ya mismo: cómo lo agarraron, cómo es, cómo se llama, si come bien, si ya lo vio un médico, si es tan bonito como los de la ciudad. Pero la conversación se alarga en puntos tontos. Arnol consulta a Pol sobre los insecticidas, Pol se interesa en los negocios de Arnol, después hablan de las camionetas, los sitios donde hacen las compras, descubren que discutieron con el mismo hombre, uno que atiende en la estación de servicio, y coinciden en que es un pésimo tipo. Entonces Arnol se disculpa porque debe revisar la comida, Pol se ofrece a ayudarlo y se alejan. Me acomodo en el sillón frente a Nabel. Sé que debo decir algo amable antes de preguntar lo que quiero. La felicito por la casa, y enseguida pregunto:

—¿Es lindo?

Ella se sonroja y sonríe. Me mira como avergonzada y yo siento un nudo en el estómago y me muero de la felicidad y pienso «lo tienen», «lo tienen y es hermoso».

—Quiero verlo —digo. «Quiero verlo ya», pienso, y me incorporo. Miro hacia el pasillo esperando a que Nabel diga «por acá»; al fin voy a poder verlo, alzarlo.

Entonces Arnol regresa con la comida y nos invita a la mesa.

—¿Es que duerme todo el día? —pregunto y me río, como si fuera un chiste.

—Ana está ansiosa por conocerlo —dice Pol, y me acaricia el pelo.

Arnol se ríe, pero en vez de contestar ubica la fuente en la mesa y pregunta a quién le gusta la carne roja y a quién más cocida, y enseguida estamos comiendo otra vez. En la cena Nabel es más comunicativa. Mientras ellos conversan, nosotras descubrimos que

tenemos vidas similares. Nabel me pide consejos sobre las plantas y entonces yo me animo y hablo de las recetas para la fertilidad. Lo traigo a cuenta como algo gracioso, una ocurrencia, pero Nabel enseguida se interesa y descubro que ella también las practicó.

—¿Y las salidas? ¿Las cacerías nocturnas? —digo riéndome—. ¿Los guantes, las mochilas? —Nabel se queda un segundo en silencio, sorprendida, y después se echa a reír conmigo.

—¡Y las linternas! —dice ella y se agarra la panza—. ¡Esas malditas pilas que no duran nada!

Y yo, casi llorando:

—¡Y las redes! ¡La red de Pol!

—¡Y la de Arnol! —dice ella—. ¡No puedo explicarte!

Entonces ellos dejan de hablar. Arnol mira a Nabel, parece sorprendido. Ella no se ha dado cuenta todavía: se dobla en un ataque de risa, golpea la mesa dos veces con la palma de la mano; parece que trata de decir algo más, pero apenas puede respirar. La miro divertida, lo miro a Pol, quiero comprobar que también la está pasando bien, y entonces Nabel toma aire y llorando de risa dice:

—Y la escopeta —vuelve a golpear la mesa—, ¡por Dios, Arnol! ¡Si sólo dejaras de disparar! Lo hubiéramos encontrado mucho más rápido…

Arnol mira a Nabel como si quisiera matarla y al fin larga una risa exagerada. Vuelvo a mirar a Pol, que ya no se ríe. Arnol levanta los hombros resignado, buscando en Pol una mirada de complicidad. Después hace el gesto de apuntar con una escopeta y dispara. Nabel lo imita. Lo hacen una vez más apuntándose uno al otro, ya un poco más calmados, hasta que dejan de reír.

—Ay… Por favor… —dice Arnol, y acerca la fuente para ofrecer más carne—, por fin gente con quien compartir toda esta cosa… ¿Alguien quiere más?

—Bueno, ¿y dónde está? Queremos verlo —dice al fin Pol.

—Ya van a verlo —dice Arnol.

—Duerme muchísimo —dice Nabel.

—Todo el día.

—¡Entonces lo vemos dormido! —dice Pol.

—Ah, no, no —dice Arnol—, primero el postre que cocinó Ana, después un buen café, y acá mi Nabel preparó algunos juegos de mesa. ¿Te gustan los juegos de estrategia, Pol?

—Pero nos encantaría verlo dormido.

—No —dice Arnol—. Digo, no tiene ningún sentido verlo así. Para eso pueden verlo cualquier otro día.

Pol me mira un segundo, después dice:

—Bueno, el postre entonces.

Ayudo a Nabel a levantar las cosas. Saco el pastel que Arnol había acomodado en la heladera, lo llevo a la mesa y lo preparo para servir. Mientras, en la cocina, Nabel se ocupa del café.

—¿El baño? —dice Pol.

—Ah, el baño… —dice Arnol y mira hacia la cocina, quizá buscando a Nabel—, es que no funciona bien y…

Pol hace un gesto para restarle importancia al asunto.

—¿Dónde está?

Quizá sin quererlo, Arnol mira hacia el pasillo. Entonces Pol se levanta y empieza a caminar, Arnol también se levanta.

—Te acompaño.

—Está bien, no hace falta —dice Pol ya entrando al pasillo.

Arnol lo sigue algunos pasos.

—A tu derecha —dice—, el baño es el de la derecha.

Sigo a Pol con la mirada hasta que finalmente entra al baño. Arnol se queda unos segundos de espaldas a mí, mira hacia el pasillo.

—Arnol —digo, es la primera vez que lo llamo por su nombre—, ¿te sirvo?

—Claro —dice él—. Me mira y se da vuelta otra vez hacia el pasillo.

—Servido —digo, y empujo el primer plato hasta su sitio—. No te preocupes, va a tardar.

Sonrío para él, pero no responde. Regresa a la mesa. Se sienta en su lugar, de espaldas al pasillo. Parece incómodo, pero al fin corta con el tenedor una porción enorme de su postre y se la lleva a la boca. Lo miro sorprendida y sigo sirviendo. Desde la cocina Nabel pregunta cómo nos gusta el café. Estoy por contestar, pero veo a Pol salir silenciosamente del baño y cruzarse a la otra habitación. Arnol me mira esperando una respuesta. Digo que nos encanta el café, que nos gusta de cualquier forma. La luz del cuarto se enciende y oigo un ruido sordo, como algo pesado sobre una alfombra. Arnol va a volverse hacia el pasillo así que lo llamo:

—Arnol —me mira, pero empieza a incorporarse.

Escucho otro ruido, enseguida Pol grita y algo cae al piso, una silla quizá; un mueble pesado que se mueve y después cosas que se rompen. Arnol corre hacia el pasillo y toma el rifle que está colgado en la pared. Me levanto para correr tras él. Pol sale del cuarto de espaldas, sin dejar de mirar hacia adentro. Arnol va directo hacia él pero Pol reacciona, lo golpea para quitarle el rifle, lo empuja hacia un lado y corre hacia mí. No alcanzo a entender qué pasa, pero dejo que me tome del brazo y salimos. Escucho tras nosotros la puerta cerrándose lentamente y después el golpe que vuelve a abrirla. Dentro, Nabel grita. Pol sube a la camioneta y la enciende, yo subo por mi lado. Salimos marcha atrás y por unos segundos las luces iluminan a Arnol que corre hacia nosotros.

Ya en la ruta andamos un rato en silencio, tratando de calmarnos. Pol tiene la camisa rota, casi perdió por completo la manga derecha y en el brazo le sangran algunos rasguños profundos. pronto nos acercamos a nuestra casa a toda velocidad y a toda velocidad nos alejamos. Lo miro para detenerlo pero él respira agitado; las manos tensas aferradas al volante. Examina hacia los lados el campo negro, y hacia atrás por el espejo retrovisor. Deberíamos bajar la velocidad. Podríamos matarnos si un animal llegara a cruzarse. Entonces pienso que también podría cruzarse uno de ellos: el nuestro. Pero Pol acelera aún más, como si desde el terror de sus ojos perdidos, contara con esa posibilidad.

Papá Noel duerme en casa

LA NAVIDAD en que Papá Noel pasó la noche en casa fue la última vez que estuvimos todos juntos. Después de esa noche papá y mamá terminaron de pelearse, aunque no creo que Papá Noel haya tenido nada que ver con eso. Papá había vendido su auto unos meses atrás porque había perdido el trabajo, y aunque mamá no estuvo de acuerdo, él dijo que un buen árbol de navidad era importante esa vez, y compró uno de todas formas. Venía en una caja de cartón, larga y plana, y traía una hoja que explicaba cómo encajar las tres partes y abrir las ramas de forma que se viera natural. Armado era más alto que papá, era inmenso, y yo creo que por eso ese año Papá Noel durmió en nuestra casa. Yo había pedido de regalo un coche a control remoto. Cualquiera me venía bien, no quería uno en particular, pero todos los chicos tenían uno en esa época y cuando jugábamos en el patio los autos a control remoto se dedicaban a estrellarse contra los autos comunes, como el mío. Así que había escrito mi carta y papá me había llevado hasta el correo para enviarla. Y le dijo al tipo de la ventanilla:

—Se la enviamos a Papá Noel —y le pasó el sobre.

Y el tipo de la ventanilla ni saludó, porque había mucha gente y se ve que ya estaba cansado de tanto trabajo, la época navideña debe ser la peor para ellos. Tomó la carta, la miró y dijo:

—Falta el código postal.

—Pero es para Papá Noel —dijo papá, y le sonrió, y le guiñó un ojo, se ve que para hacerse amigo, y el tipo dijo:

—Sin código postal no sale.

—Usted sabe que la dirección de Papá Noel no tiene código postal —dijo papá.

—Sin código postal no sale —dijo el tipo, y llamó al siguiente.

Y entonces papá trepó el mostrador, agarró al tipo del cuello de la camisa, y la carta salió.

Por eso yo estaba preocupado ese día, porque no sabía si la carta le había llegado o no a Papá Noel, y del asunto del coche dependía que me aceptaran los chicos que jugaban en el patio del colegio.

Además no podíamos contar con mamá desde hacía casi dos meses, y eso también me preocupaba, porque la que siempre estaba en todo era mamá, y las cosas salían bien entonces. Pero un día dejó de preocuparse, así nomás, de un día para el otro. La vieron algunos médicos, papá siempre la acompañaba y yo me quedaba en la casa de Marcela, que es nuestra vecina. Pero mamá no mejoró. Dejó de haber leche y cereales a la mañana, ropa limpia para vestirse, papá llegaba tarde a los lugares a los que debía llevarme, y después llegaba otra vez tarde para pasarme a buscar. Cuando pedí explicaciones papá dijo que mamá no estaba enferma ni tenía cáncer ni se iba a morir. Que bien podría haber pasado algo así pero él no era un hombre de tanta suerte. Marcela me explicó que mamá simplemente había dejado de creer en las cosas, que eso era estar «deprimido», y te quitaba las ganas de todo, y tardaba en irse. Mamá no iba más a trabajar ni se juntaba con amigas ni hablaba por teléfono con la abuela. Se sentaba con su bata frente al televisor, y hacía *zapping* toda la mañana, toda la tarde y toda la noche. Yo era el encargado de darle de comer. Marcela dejaba comida hecha en el *freezer* con las porciones marcadas. Había que combinarlas, no podía, por ejemplo, darle todo el pastel de papas y después toda la tarta de verdura, había que combinar las porciones para que la alimentación fuera sana. La descongelaba en el microondas y se la alcanzaba en una bandeja, con el vaso de agua y los cubiertos. Mamá decía:

—Gracias mi amor, no tomes frío —lo decía sin mirarme, sin perder de vista lo que sucedía en el televisor.

A la salida del colegio me agarraba de la mano de la mamá de Augusto, que era hermosa. Eso funcionaba cuando venía a buscarme papá, pero después, cuando empezó a venir Marcela, a ninguna de las dos parecía gustarle eso, así que esperaba solo debajo del árbol de la esquina. Viniera quien viniera a buscarme, siempre llegaban tarde.

Marcela y papá se hicieron muy amigos, y algunas noches papá se quedaba con ella en la casa de al lado, jugando al póquer, y a mamá y a mí nos costaba dormirnos sin él en la casa, nos cruzábamos en el baño y entonces mamá decía:

—Cuidado mi amor, no tomes frío —y volvía frente al televisor.

Muchas tardes Marcela estaba en casa, eran las tardes en que cocinaba para nosotros y ordenaba un poco. No sé por qué lo hacía. Supongo que papá le pediría ayuda y como ella era su amiga se sentía en la obligación, porque la verdad es que no se la veía muy contenta. Un par de veces le apagó el televisor a mamá, se sentó frente a ella y le dijo:

—Julia, tenemos que hablar, esto no puede seguir así…

Le decía que tenía que cambiar de actitud, que así no llegaría a ningún lado, que ella ya no podía seguir ocupándose de todo, que tenía que reaccionar y tomar una decisión o terminaría por arruinarnos la vida. Pero mamá nunca contestaba. Y al final Marcela terminaba yéndose con un portazo, y esa noche papá pedía pizza porque no había nada para cenar, y a mí la pizza me encanta.

Yo le había dicho a Augusto que mamá había dejado de «creer en las cosas», y que entonces estaba «deprimida», y él quiso venir a ver cómo era. Hicimos algo muy feo que a veces me avergüenza: saltamos frente a ella un rato, mamá apenas nos esquivaba con la cabeza; después le hicimos un sombrero con papel de diario, se lo probamos de distintas maneras y se lo dejamos puesto toda la tarde, pero ella ni se movió. Le quité el sombrero antes de que llegara papá. Estaba seguro de que mamá no iba a decirle nada, pero me sentía mal de todos modos.

Después llegó navidad. Marcela hizo su pollo al horno con verduras horribles pero como era una noche especial me preparó además papas fritas. Papá le pidió a mamá que dejara el sillón y cenara con nosotros. La movió cuidadosamente hasta la mesa —Marcela la había preparado con un mantel rojo, velas verdes y los platos que usamos para las visitas—, la sentó en una de las cabeceras y se alejó unos pasos hacia atrás, sin dejar de mirarla, supongo que pensó que podía funcionar, pero en cuanto él estuvo lo suficientemente lejos ella se levantó y volvió a su sillón. Así que mudamos las cosas a la mesa ratona del *living* y comimos ahí con ella. La tele estaba prendida, por supuesto, y el noticiero mostraba

una nota sobre gente pobre que había recibido un montón de regalos y comida de gente de más plata, y entonces ahora estaban muy contentos. Yo estaba nervioso y miraba todo el tiempo el árbol de navidad porque ya iban a ser las doce y quería mi auto. Entonces mamá señaló el televisor. Fue como ver moverse un mueble. Papá y Marcela se miraron. En la tele Papá Noel estaba sentado en el *living* de una casa, con una mano abrazaba a un chico sentado sobre sus piernas, y con la otra a una mujer parecida a la mamá de Augusto, y entonces la mujer se inclinaba y besaba a Papá Noel y Papá Noel te miraba y decía:

—… y cuando vuelvo del trabajo solo quiero estar con mi familia —y un logo de café aparecía en la pantalla.

Mamá se puso a llorar. Marcela me tomó de la mano y me dijo que subiera al cuarto, pero yo me negué. Volvió a decírmelo, esta vez con el tono impaciente con el que le habla a mamá, pero nada iba a alejarme esa noche del árbol. Papá quiso apagar el televisor pero mamá empezó a luchar con él como una nena. Sonó el timbre y yo dije:

—Es Papá Noel —y Marcela me dio una cachetada y entonces papá empezó a pelear con Marcela y mamá encendió otra vez el televisor pero Papá Noel ya no estaba en ningún canal. El timbre volvió a sonar y papá dijo:

—¿Quién mierda es?

Pensé que ojalá no fuese el del correo porque volverían a pelear porque papá ya estaba de mal humor.

El timbre sonó otra vez muchas veces seguidas, y entonces papá se cansó, fue hasta la puerta y cuando la abrió vio que era Papá Noel. No era tan gordo como en televisión y se lo veía cansado, no podía mantenerse de pie y se apoyaba un momento de un lado de la puerta, y después del otro.

—¿Qué quiere? —dijo papá.

—Soy Papá Noel —dijo Papá Noel.

—Y yo soy Blanca Nieves —dijo papá y le cerró la puerta.

Entonces mamá se levantó, corrió hasta la puerta, la abrió y Papá Noel todavía estaba ahí, tratando de sostenerse, y lo abrazó. A papá le agarró un ataque:

—¿Éste es el tipo, Julia? —le gritó a mamá, y empezó a decir malas palabras y a tratar de separarlos. Y mamá le dijo a Papá Noel:

—Bruno, no puedo vivir sin vos, me estoy muriendo.

Papá logró separarlos y le dio a Papá Noel una trompada y Papá Noel cayó para atrás y quedó seco sobre la entrada. Mamá empezó a gritar como loca. Yo estaba triste por lo que estaba pasando Papá Noel, y porque todo esto atrasaba lo del auto, aunque por otro lado me alegraba ver a mamá otra vez en movimiento.

Papá le dijo a mamá que iba a matarlos a los dos y mamá le dijo que si él era tan feliz con su amiga por qué ella no podía ser amiga de Papá Noel, cosa que a mí me pareció lógico. Marcela se acercó a ayudar a Papá Noel, que empezaba a moverse en el piso, y le dio una mano para levantarse. Y entonces papá otra vez empezó a decirle de todo y mamá a gritar. Marcela decía cálmense, entremos, por favor, pero nadie la escuchaba. Papá Noel se llevó la mano a la nuca y vio que le sangraba. Escupió a papá y papá le dijo:

—Maricón de mierda.

Y mamá le dijo a papá:

—Maricón serás vos hijo de puta —y también lo escupió. Le dio a Papá Noel la mano, lo hizo entrar a la casa, se lo llevó a su cuarto y se encerró.

Papá se quedó como congelado, y en cuanto reaccionó se dio cuenta que yo todavía seguía ahí y me mandó furioso a la cama. Sabía que no estaba en condiciones de discutir; me fui al cuarto sin navidad y sin regalo. Esperé acostado a que todo quedara en silencio, mirando nadar en las paredes el reflejo de los peces de plástico de mi velador. No tendría mi auto a control remoto, eso era clarísimo, pero Papá Noel dormía en casa esa noche y eso me aseguraba un año mejor.

Mi hermano Walter

MI HERMANO Walter está deprimido. Lo visitamos con mi mujer todas las noches, cuando volvemos del trabajo. Compramos algo de comer —le gustan mucho las papas fritas con pollo— y le tocamos el timbre alrededor de las nueve. Atiende enseguida y pregunta *¿Quién es…?* Y mi mujer dice *¡Nosotros!* Y él dice *ah…,* y hace sonar el timbre.

Una decena de personas lo llaman por día para ver cómo está. Él levanta el tubo con esfuerzo, como si pesara una tonelada, y dice:

—¿Sí?

Y la gente habla como si mi hermano se alimentara de estupideces. Si le pregunto quién es, o qué quieren, él es incapaz de responder. No le interesa en lo más mínimo. Está tan deprimido que ni siquiera le molesta que estemos ahí, porque es como si no hubiese nadie.

Algunos sábados mi madre y tía Claris lo llevan a las fiestas de adultos del salón, y Walter se mantiene sentado entre cumpleañeras cuarentonas, despedidos de solteros y recién casados. Tía Claris dice que cuanto más deprimido está Walter más feliz se siente la gente que está alrededor. Lo que hay que aceptar, es verdad, es que desde que Walter está deprimido las cosas en la familia están mejorando. Mi hermana finalmente se casa con Galdós, y en la fiesta mi madre conoce, en un grupo de gente que bebía *champagne* y lloraba de la risa en la mesa de mi hermano, al señor Kito, con el que ahora duerme todas las noches. El señor Kito tiene cáncer pero es un hombre con mucha energía. Además, resulta ser el dueño de una gran compañía de cereales, y amigo de la infancia de tía Claris. Galdós y mi hermana compran una granja lejos de la ciudad, y

empezamos a tomarnos la costumbre de pasar ahí los fines de semana. Mi mujer y yo pasamos por Walter el sábado a primera hora y para el mediodía ya estamos todos en la granja, esperando el asado con una copa de vino y esa felicidad inmensa que dan los días de sol al aire libre. Un único fin de semana faltamos porque Walter está engripado y se niega a subir al coche. Yo siento que tengo que avisar al resto que él no va a ir, así que empiezan a cruzarse las llamadas en los celulares y para la hora en la que Galdós empieza a servir el asado ya todos renunciaron a la salida.

Ahora tía Claris sale con el capataz de la granja y somos pares en la familia, menos Walter, claro. Hay una silla cerca de la parrilla, que él eligió el primer día que lo llevamos, y de la que no se levanta. Tratamos siempre de mantenernos alrededor, para animarlo o hacerle compañía. Nos reímos mucho, y felicitamos a Kito porque su cáncer ya está casi curado, a Galdós por la rentabilidad de la granja, a mi madre porque, simplemente, la adoramos. Escuchamos sonrientes a mi hermana y a mi mujer, que se llevan de maravilla, y sus comentarios sobre la actualidad nos hacen saltar lágrimas de risa.

Pero Walter sigue deprimido. Tiene una expresión fatal, cada vez más triste. Galdós trae a la granja a un médico rural conocido que enseguida se interesa en el caso de Walter. Es un gran tipo, y empieza a venir todos los fines de semana. No nos cobra nada; su mujer viene también para charlar con mi mujer y mi hermana. Entonces el médico rural, Kito y Galdós, charlando amenamente alrededor de Walter, fumando y comentando tonterías para animarlo un poco, terminan teniendo una gran charla de negocios, y emprenden juntos una nueva línea de cereales bajo la firma de Kito, pero en la granja de Galdós, y con una receta más saludable propuesta por el médico. Yo me sumo al proyecto y tengo que estar en la granja casi todos los días, así que cuando mi mujer queda embarazada nos mudamos también a la granja, y nos traemos a Walter, que prácticamente no opina sobre los cambios. Nos alivia que esté acá con nosotros, verlo sentado en su silla, saber que está cerca.

Los nuevos cereales se venden muy bien y la granja se llena de empleados y compradores mayoristas. La gente es amable. Parecen confiar ciegamente en el proyecto y hay una energía optimista que

sigue teniendo sus momentos de esplendor los fines de semana, cuando el asado cada vez más concurrido de Galdós empieza a dorarse en las parrillas y todos esperamos ansiosos con las copas en la mano. Y ya somos tantos que casi no hay un segundo en el que Walter se quede solo, siempre hay alguien disputándose la responsabilidad de mantenerse cerca de él, de hablarle alegremente, contarle las buenas noticias, demostrarle lo feliz que se puede llegar a ser.

La empresa crece. El cáncer de Kito desaparece y mi hijo cumple dos años. Cuando lo dejo a upa de Walter mi hijo sonríe y aplaude, y dice «soy feliz, soy muy feliz». Tía Claris viaja con el capataz por toda Europa, cuando vuelven van con mi hermana y Galdós al casino y con el dinero que ganan hacen una sociedad y compran las líneas de cereales de la competencia. Para año nuevo la empresa invita a casi todo el pueblo que rodea la granja —porque ya prácticamente todos trabajan acá—, y a los mayoristas, los amigos y los vecinos. El asado se hace por la noche. Una banda toca en vivo ese jazz de los años treinta que te hace bailar como si fueras negro. Los chicos juegan a enredar las sillas y las mesas con las guirnaldas.

Yo hace tiempo que aparto cada tanto a mi hermano, o busco un momento en el que estemos tranquilos, y le pregunto qué le pasa. Él mantiene su silencio, pero deja automáticamente de mirarme a los ojos. Es difícil preguntárselo ahora, porque ya son las doce en punto y con el brindis tiramos fuegos artificiales, de esos que iluminan todo el cielo, y la gente grita y aplaude con cada explosión. Entonces siento algo: todo me parece más suave y gris, y no puedo dejar de pensar en qué es lo que le pasa, en qué es lo que podría ser tan terrible.

El hombre sirena

ESTOY SENTADA en el bar del Tano, esperando a Daniel, cuando veo al hombre sirena mirarme desde el muelle. Está sobre la primera columna de hormigón, donde el agua todavía no llega a la playa, a unos cincuenta metros. Tardo en reconocerlo, en entender qué es exactamente, tan hombre de la cintura para arriba, tan pez de la cintura para abajo. Mira hacia un lado, después tranquilamente hacia el otro, y al fin vuelve a mirar hacia acá. Mi primer impulso es pararme. Pero sé que el Tano me vigila desde la barra. Disimulo buscando entre las cosas de la mesa la cuenta del café, como si de un momento a otro hubiera optado por irme. El Tano se acerca para ver que todo esté bien, insiste en que debo quedarme, en que debo esperar a Daniel, que ya debe estar por llegar, parece dispuesto a no dejarme salir. Le digo que se quede tranquilo, que enseguida vuelvo, le dejo cinco pesos sobre la mesa, tomo mi cartera y salgo. No tengo un plan para el hombre sirena, simplemente dejo el bar y camino en su dirección. Contra la idea que se tiene de las sirenas, hermosas y bronceadas, este no sólo es del otro sexo sino que es bastante pálido. Pero macizo, musculoso. ¿Habrá un nombre para los hombres sirena? Cuando me ve se cruza de brazos —las manos bajo las axilas, los pulgares hacia arriba—, y sonríe. Me parece un gesto demasiado canchero para un hombre sirena y me arrepiento de estar caminando hacia él con tanta seguridad, con tantas ganas de hablarle, y me siento estúpida. Pero ya es tarde para detenerse. Él espera a que yo me acerque y entonces dice:

—Hola.

Me detengo.

—¿Qué hace una morocha tan sola, en el muelle?

—Pensé que quizá… —no sé que decir. Dejo caer la cartera, la sostengo con ambas manos, colgando frente a mis rodillas, como una nena—, pensé que quizá necesitaba algo, siendo que usted…

—Tutéame, preciosa —dice y me tiende la mano en un gesto que me invita a subir.

Miro sus piernas, o mejor dicho, su cola brillante que cuelga sobre el hormigón. Le paso la cartera. La toma, la deja junto a él. Trabo un pie contra el muelle y tomo la mano que vuelve ofrecerme. Tiene la piel helada, como pescado de congelador. Pero el sol está alto y fuerte, y el cielo es de un azul intenso, y el aire huele a limpio; y para cuando me acomodo junto a él siento que la frescura que emana de su cuerpo me llena de una vital felicidad. Cuando nos soltamos no sé qué hacer con las manos; sonrío. Él se arregla el pelo —tiene un jopo muy a los años cincuenta— y pregunta si traigo cigarrillos. Digo que no fumo. Tiene la piel lisa, ni un solo pelo en todo el cuerpo, y llena de pequeñas aureolas de polvillo blanco, apenas visibles, quizá formadas por la sal del mar. Ve que lo miro y se las sacude un poco de los brazos. Tiene los abdominales marcados, nunca vi una panza así.

—Podés tocarme —dice, acariciándose los abdominales—, no hay así en el centro, ¿o sí?

Acerco una mano, él se adelanta, la aprisiona entre la suya y sus abdominales también helados. Me tiene así algunos segundos, y después dice:

—Contame de vos —y me suelta con suavidad—. ¿Cómo va todo?

—Mamá está enferma, los médicos dicen que va a morirse pronto.

—Qué mal…

Miramos juntos el mar.

—Pero ése no es el problema —digo—, más me preocupa Daniel. Daniel está mal.

—¿Le cuesta asumir lo de su madre?

Asiento.

—Y está agotado —digo—, no sé por qué está tan cansado...

—¿Son sólo dos hermanos?

—Sí.

—Al menos pueden dividirse las cosas entre los dos. Yo soy hijo

único y mi madre es de lo más absorbente.

—Somos dos pero lo hace todo él porque yo necesito estar descansada, no puedo estresarme, ni permitirme emociones fuertes. Tengo un problema, acá, en el corazón; yo creo que es del corazón. Así que me mantengo alejada. Por mi salud…

—¿Y dónde está Daniel ahora?

—Es impuntual. Ni que tuviera tanto que hacer. Está todo el día corriendo de acá para allá pero yo terminé entendiendo que lo que tiene él es un gran problema con la organización de sus tiempos.

—¿De qué signo es? ¿Leo?

—Tauro.

—¡Uff! Qué signo.

—Tengo pastillas de menta —digo—, ¿querés?

Dice que sí y me pasa la cartera, que quedó de su lado.

—Está todo el día pensando de dónde sacará dinero para pagar esto, de dónde para lo otro. Todo el tiempo queriendo saber qué estoy haciendo, dónde voy a estar, con quién…

—¿Vive con tu madre?

—No. Mamá es como yo, somos mujeres independientes y necesitamos nuestro espacio. Él cree que es peligroso que yo viva sola. Así nomás me lo dice: «yo creo que es peligroso que una chica *como vos* viva sola».

Le paso una pastilla y tomo otra para mí.

—¿Vivís cerca?

—Me alquila una casita a unas cuadras: cree que este barrio es mucho más seguro. Y se hace amigos por acá, habla con los vecinos, con el Tano, quiere saber todo, controlar todo, es realmente pesado.

—Mi padre era así.

—Sí, pero él no es papá. Papá está muerto, ¿por qué tengo que soportar un papá-hermano si papá está muerto?

—Bueno, quizá sólo intenta cuidarte.

Me río pero sarcásticamente, en realidad, el comentario casi arruina mi humor, y creo que él alcanza a darse cuenta.

—No, no. No se trata de cuidarme, es más complicado de lo que pensás.

Se queda mirándome. Tiene ojos celestes, muy claros.

—Contame.

—Ah, no. Creéme, no vale la pena: es un día hermoso.

—Por favor.

Une las palmas de las manos, y me ruega con una mueca graciosa, como un ángel a punto de llorar. A veces, cuando me habla, la aleta plateada se ondula un poco en las puntas y me roza los tobillos. Aunque son ásperas, las escamas no me lastiman, es una sensación agradable. Yo no digo nada, y las aletas se acercan cada vez más.

—Contame…

—Es que mamá… Ella no sólo está enferma: la verdad es que la pobre está totalmente loca…

Suspiro y miro el cielo. El cielo celeste, absoluto. Después nos miramos. Por primera vez reparo en sus labios. ¿Serán también helados? Me toma de las manos, las besa y dice:

—¿Creés que podríamos salir? Vos y yo, un día de estos… Podríamos ir a cenar, o al cine, me encanta el cine.

Le doy un beso y siento el frío de su boca despertar cada célula de mi cuerpo, como una bebida helada en pleno verano. No es sólo una sensación, es una experiencia reveladora, porque siento que ya nada puede ser igual. Aunque no puedo decirle que lo amo: no todavía, debe pasar más tiempo, debemos hacer las cosas paso a paso. Primero él al cine, después yo al fondo del mar. Pero ya tomé una decisión irrevocable. Y ya nada va a separarme de él. Yo, que toda la vida creí que se vive por un único amor, lo encontré en el muelle, junto al mar, y me toma ahora francamente de la mano, y me mira con sus ojos transparentes, y me dice:

—No sufras más, morocha, ya nadie va a hacerte daño.

Una bocina suena a lo lejos, desde la calle. La identifico enseguida: es el auto de Daniel. Miro por sobre el hombro de mi hombre sirena. Daniel baja apurado y va directo hacia el bar. No parece haberme visto.

—Ahora vuelvo —digo.

Me abraza, vuelve a besarme.

—Te espero —dice, y me presta su brazo como soga para que pueda bajar más cómoda.

Corro hasta el bar. Daniel está hablando con el Tano y me ve.

—¿Dónde estabas? Quedamos en tu casa, no en el bar.

No es cierto, pero no le digo nada, eso no importa ahora.

—Necesito hablarte —digo.

—Vamos al auto, hablamos en el auto.

Me toma del brazo, con delicadeza, pero con esa actitud paternal que tanto me enerva, y salimos. El auto está a unos metros, pero me detengo.

—Soltame.

Me suelta pero sigue hacia el auto y abre la puerta.

—Vamos, arriba. El médico va a matarnos.

—No voy a ningún lado, Daniel.

Daniel se detiene.

—Voy a quedarme acá —digo—, con el hombre sirena.

Se queda mirándome un momento. Me doy vuelta hacia el mar. Él, hermoso y plateado sobre el muelle, levanta su brazo para saludarnos. Daniel, como si al fin saliera de su estupor, entra al auto y abre la puerta de mi lado.

No sé qué hacer, y cuando no sé qué hacer, el mundo me parece un lugar terrible para alguien como yo, y me siento muy triste. Por eso pienso: es sólo un hombre sirena, es sólo un hombre sirena. Subo al auto y trato de tranquilizarme. Es sólo un hombre sirena. Puede estar ahí otra vez mañana, esperándome.

Mariposas

YA VAS A VER qué lindo vestido tiene hoy la mía, le dice Calderón a Gorriti, le queda tan bien con esos ojos almendrados, por el color, viste; y esos piecitos… Están junto al resto de los padres, esperan ansiosos la salida de sus hijos. Calderón habla pero Gorriti solo mira las puertas todavía cerradas. Vas a ver, dice Calderón, quedate acá, hay que quedarse cerca porque ya salen. ¿Y el tuyo cómo va? El otro hace un gesto de dolor y se señala los dientes. No me digas, dice Calderón. ¿Y le hiciste el cuento de los ratones…? Ah, no; con la mía no se puede, es demasiado inteligente. Gorriti mira el reloj. En cualquier momento se abren las puertas y los chicos salen disparados, riendo a gritos en un tumulto de colores, a veces manchados de témpera, o de chocolate. Pero por alguna razón, el timbre se retrasa. Los padres esperan. Una mariposa se posa en el brazo de Calderón, que se apura a atraparla. La mariposa lucha por escapar, pero él une las alas y la sostiene de las puntas. Aprieta fuerte para que no se le escape. Vas a ver cuando la vea, le dice a Gorriti sacudiéndola, le va a encantar. Pero aprieta tanto que empieza a sentir que las puntas se empastan. Entonces la sostiene con una mano, desliza los dedos hacia abajo y comprueba que la ha marcado. La mariposa intenta soltarse, se sacude y una de las alas se abre al medio como un papel. Calderón lo lamenta, intenta inmovilizarla para ver bien los daños, pero termina por quedarse con parte del ala pegada a uno de los dedos. Gorriti lo mira con asco y niega, le hace un gesto para que la tire. Calderón la suelta. La mariposa cae al piso. Se mueve con torpeza, intenta volar pero ya no puede. Al fin se queda quieta, sacude cada tanto una de sus alas, pero ya no intenta nada más. Gorriti le dice que termine con

eso de una vez y él, por el propio bien de la mariposa, por supuesto, la pisa con firmeza. No alcanza a apartar el pie cuando advierte que algo extraño sucede. Mira hacia las puertas y entonces, como si un viento repentino hubiese violado las cerraduras, las puertas se abren, y cientos de mariposas de todos los colores y tamaños se abalanzan sobre los padres que esperan. Piensa si irán a atacarlo, tal vez piensa que va a morir. Los otros padres no parecen asustarse; las mariposas sólo revolotean entre ellos. Una última cruza rezagada y se une al resto. Calderón se queda mirando las puertas abiertas, y tras los vidrios del *hall* central, las salas silenciosas. Algunos padres todavía se amontonan frente a las puertas y gritan los nombres de sus hijos. Entonces las mariposas, todas ellas en pocos segundos, se alejan volando en distintas direcciones. Los padres intentan atraparlas. Calderón, en cambio, permanece inmóvil. No se anima a apartar el pie de la que ha matado, teme, quizá, reconocer en sus alas muertas, los colores de la suya.

El cavador

NECESITABA DESCANSAR, así que alquilé una casona en un pueblo de la costa, lejos de la ciudad. Quedaba a quince kilómetros del pueblo, siguiendo el camino de ripio, hacia el mar. Cuando iba llegando, los pastizales me impidieron seguir en auto. El techo de la casa se veía a lo lejos. Me animé a bajar. Tomé lo imprescindible y seguí a pie. Oscurecía y, aunque no se veía el mar, podía escuchar las olas alcanzar la orilla. Ya estaba a pocos metros cuando tropecé con algo.

—¿Es usted?

Retrocedí asustado.

—¿Es usted, don? —Un hombre se incorporó con dificultad—. No desperdicié ni un solo día, eh… Se lo juro por mi mismísima madre…

Hablaba apurado; estiró las arrugas de la ropa y se acomodó el pelo.

—Pasa que justo anoche… Imagínese, don, que estando tan cerca no iba a dejar las cosas para el otro día. Venga, venga —dijo, y se metió en un pozo que había entre los yuyales, a sólo un paso de donde nos encontrábamos.

Me agaché y asomé la cabeza. El agujero medía más de un metro de diámetro y adentro no se alcanzaba a ver nada. ¿Para quién trabajaría un obrero que no reconocía ni a su propio capataz? ¿Qué andaría buscando para cavar tan profundo?

—Don, ¿baja?

—Creo que se equivoca —dije.

—¿Qué?

Le dije que no bajaría y, como no contestó, me fui para la casa.

Recién cuando llegué a las escaleras de entrada oí un lejano «muy bien, don, como usted diga».

A la mañana siguiente salí a buscar el equipaje que había dejado en el auto. Sentado en la galería de la casa, el hombre cabeceaba vencido por el sueño y sujetaba entre las rodillas una pala oxidada. Al verme la dejó y se apresuró a alcanzarme. Cargó lo más pesado y, señalando unos paquetes, preguntó si eran parte del plan.

—Primero necesito organizarme —dije y, al llegar a la puerta, le quité lo que cargaba para evitar que entrara a la casa.

—Sí, sí, don. Como usted diga.

Entré. Desde las ventanas de la cocina vi la playa. Apenas había algunas olas, el mar estaba ideal para nadar. Crucé la cocina y espié por la ventana del frente: el hombre seguía ahí. De a ratos miraba hacia el pozo y de a ratos estudiaba el cielo. Cuando salí, corrigió la postura y me saludó respetuoso.

—¿Qué hacemos, don?

Me di cuenta de que un gesto mío hubiera bastado para que el hombre se echara a correr hacia el pozo y se pusiera a cavar. Miré hacia los pastizales, en dirección al pozo.

—¿Cuánto cree usted que falte?

—Poco, don, muy poco…

—¿Cuánto es poco para usted?

—Poco… no sabría decirle.

—¿Cree que es posible terminar esta noche?

—No puedo asegurarle nada… usted sabe: esto no depende sólo de mí.

—Bueno, si tanto quiere hacerlo, hágalo.

—Delo por hecho, don.

Vi al hombre tomar la pala, bajar los escalones de la casa hasta el pastizal y perderse en el pozo.

Más tarde fui al pueblo. Era una mañana de sol y quería comprar un *short* de baño para aprovechar el mar; a fin de cuentas, no tenía por qué preocuparme por un hombre que cavaba un pozo en una casa que no me pertenecía. Entré a la única tienda que encontré abierta. Cuando el empleado estaba envolviendo mi compra, preguntó:

—¿Y cómo va su cavador?

Me quedé unos segundos en silencio, esperando quizá que algún

otro contestase.

—¿Mi cavador?

Me alcanzó la bolsa.

—Sí, su cavador…

Le extendí el dinero y miré al hombre, extrañado; antes de irme no pude evitar preguntarle:

—¿Cómo sabe del cavador?

—¿Que cómo sé del cavador? —dijo, como si no me comprendiese.

Volví a la casa y el cavador, que esperaba dormido en la galería, se despertó en cuanto abrí la puerta.

—Don —dijo, poniéndose de pie—, hubo grandes avances, puede que estemos cada vez más cerca…

—Pienso bajar a la playa antes de que oscurezca.

No recuerdo por qué me había parecido una buena idea decírselo. Pero ahí estaba él, feliz por el comentario y dispuesto a acompañarme. Esperó afuera a que me cambiara y un poco más tarde caminábamos hacia el mar.

—¿No hay problema en que deje el pozo? —pregunté.

El cavador se detuvo.

—¿Prefiere que vuelva?

—No, no, le pregunto.

—Es que cualquier cosa que pase… —amagó con volver—, sería terrible, don.

—¿Terrible? ¿Qué puede pasar?

—Hay que seguir cavando.

—¿Por qué?

Miró el cielo y no contestó.

—Bueno, no se preocupe —continué caminando—, venga conmigo. —El cavador me siguió, indeciso.

Ya en la playa, a pocos metros del mar, me senté para sacarme los zapatos y las medias. El hombre se sentó junto a mí, dejó a un lado la pala y se quitó las botas.

—¿Sabe nadar? —pregunté—. ¿Por qué no me acompaña?

—No, don. Yo lo miro, si le parece. Y traje la pala, por si se le ocurre un nuevo plan.

Me incorporé y caminé hacia el mar. El agua estaba fría, pero sabía que el hombre me miraba y no quería echarme atrás.

Cuando regresé, el cavador ya no estaba.

Con un sentimiento de fatalidad busqué posibles huellas hacia el agua, por si acaso había seguido mi sugerencia, pero no encontré nada y entonces decidí volver. Revisé el pozo y los alrededores. En la casa, recorrí las habitaciones con desconfianza. Me detuve en los descansos de la escalera, lo llamé en voz alta desde los pasillos, algo avergonzado. Más tarde salí. Caminé hasta el pozo, me asomé y lo llamé otra vez. No se veía nada. Me acosté boca abajo en el suelo, metí la mano y tanteé las paredes: se trataba de un trabajo prolijo que se hundía hacia el centro de la tierra. Pensé en la posibilidad de meterme, pero enseguida la deseché. Cuando apoyé una mano para levantarme, los bordes se quebraron. Me aferré a los pastizales y, paralizado, oí el ruido de la tierra cayendo en la oscuridad. Mis rodillas resbalaron en el borde y vi cómo la boca del pozo se desmoronaba y se perdía en su interior. Me puse de pie y observé el desastre. Miré con miedo a mi alrededor, pero el cavador no se veía por ningún lado. Entonces se me ocurrió que podría arreglar los bordes con un poco de tierra húmeda, aunque necesitaría una pala y algo de agua.

Volví a la casa. Abrí los placares, revisé dos cuartos traseros a los que entraba por primera vez, busqué en el lavadero. Al fin, en una caja junto a otras herramientas viejas, encontré una pala de jardinería. Era pequeña, pero servía para empezar. Cuando salí de la casa, me encontré frente a frente con el cavador. Escondí la pala detrás de mi cuerpo.

—Lo estaba buscando, don. Tenemos un problema.

Por primera vez, el cavador me miraba con desconfianza.

—Diga —dije.

—Alguien más ha estado cavando.

—¿Alguien más? ¿Está seguro?

—Conozco el trabajo. Alguien ha estado cavando.

—¿Y usted dónde estaba?

—Afilaba la pala.

—Bueno —dije, tratando de ser terminante—, usted cave cuanto pueda y no vuelva a dispersarse. Yo vigilo los alrededores.

Vaciló. Se alejó algunos pasos pero al fin se detuvo y se volvió hacia mí. Distraído, yo había dejado caer el brazo y la pala colgaba junto a mis piernas.

—¿Va a cavar, don? —me miró.

Instintivamente oculté la pala. Él parecía no reconocer en mí al hombre que yo había sido para él hasta un momento antes.

—¿Va a cavar? —insistió.

—Lo ayudo. Usted cava un rato y yo sigo cuando se canse.

—El pozo es suyo —dijo—, usted no puede cavar.

El cavador levantó la pala y, mirándome a los ojos, volvió a clavarla en la tierra.

Breve conversación con Coronelio

EL HOMBRE QUE TIEMBLA en el asiento trasero no alcanza a entender qué quieren de él. Ha sido forzado a subir al coche que ahora avanza hacia los suburbios y aunque ya ha preguntado hacia dónde se dirigen, qué van a hacer con él, y si acaso eso es un robo, nadie ha respondido a sus preguntas. Temeroso, el hombre se arriesga una vez más:

—Digan al menos qué quieren...

—Usted, tranquilo, Coronelio. Tranquilo que acá no pasa nada —dice el que maneja.

Atrás, los otros dos observan al hombre con curiosidad.

—Saben mi nombre... —dice Coronelio.

—Tranquilo. Damos un paseo, charlamos un poco y queda libre. ¿Qué le parece? —dice el de la izquierda.

—Si lo que quieren es dinero les doy todo lo que tengo... —dice, y con manos nerviosas arruga su bolso.

—Cálmese, acá trabajamos en orden: a su derecha, el escribiente Salvador toma nota del encuentro; al volante, Cristófano; y a su izquierda, quien le habla, Santana, jefe de equipo, va a orientarlo en la charla. A ver si nos entendemos... Salvador, muéstrele los papeles.

Salvador abre un maletín y extiende a Coronelio un manojo de papeles.

—Lo que ve son autorizaciones, pases y credenciales —explica, solemne, Salvador.

Coronelio mira los papeles sin concentrarse en ninguno. Alcanza a distinguir textos, sellos y timbrados, y el logo del organismo: un grabado cuyas alas blancas parecen elevar el símbolo de la justicia.

—Para empezar —introduce Santana— es preciso saber si usted entiende a qué se debe nuestra presencia.

Salvador rescata los papeles y los guarda en el portafolios. Del bolsillo central, saca una máquina de escribir que apoya sobre su regazo. Coloca en el carrete un papel sin usar, pero también adornado con el logo, y escribe a la izquierda nombre y apellido de Coronelio, fecha, hora y país.

—Bueno, si no empieza usted lo hacemos nosotros: El día de la fecha, coma —dicta Santana y Salvador anota— a las seis y media de la tarde, coma, se ha levantado al pasajero número ocho, elegido esta vez al azar, como lo permite el convenio una vez al mes. Punto. Cuerpo débil y pequeño, mirada perdida y de aparente incomprensión del contexto son la clave de la elección realizada. A partir de aquí, se transcribe el tratamiento. Dos puntos. Deje lugar, Salvador. Se dijo. Dos puntos.

Coronelio mira el camino que avanza entre calles cada vez más oscuras.

—Vamos a hablar de sus problemas, Coronelio.

Vamos a hablar de sus problemas, transcribe Salvador.

—¿Qué problemas? ¿De qué habla?

—¿Qué le preocupa?

—¿Qué me preocupa?

—Mejor si se calma y piensa más en usted: a ver, cuéntele al equipo qué lo amarga durante el día, y piénselo bien... Piense.

Los ojos de Coronelio están bien abiertos:

—El reloj, todo le doy.

—Coronelio... —dice Cristófano soltando el acelerador a modo de amenaza, pero un gesto admonitorio de Santana lo reprime.

—Diga lo primero que le venga a la mente, eso que tanto lo angustia.

Con un volumen casi inaudible, con la cadencia torpe de quien reconoce su desdicha, Coronelio responde:

—Esto me preocupa.

—Bien, ya va a ver que a la larga lo que dice tiene sentido. Ahora: ¿qué lo preocupa? Vamos, vamos, un poco más.

—Esto.

Cristófano estudia a Coronelio y niega para Santana desde el espejo retrovisor.

—¿Qué? Diga exactamente qué es lo que lo preocupa.

—Usted haciendo preguntas. Su amigo Cristófano y que sepan mi nombre.

—Salvador, sírvale al amigo una copita de licor.

Salvador abandona por un momento su trabajo de escribiente, saca de abajo del asiento una botella, y sirve una medida de lemoncello en la pequeña copa que Santana le extiende.

Coronelio toma la copa, mira el camino, la sonrisa amenazante de Cristófano en el retrovisor, y bebe el licor de un solo trago.

—Sabemos lo que lo angustia, así que hable —dice Cristófano.

—¿Qué saben? ¿Qué es?

—¿Qué pasa con su mujer?

Quizá por la mujer, quizá por la bebida, a Coronelio se le humedecen los ojos. Devuelve a Cristófano la copa vacía y dice:

—¿Quién les dijo? ¿Cómo saben?

—¿Cómo sabemos qué, Coronelio? Sírvale otra copa, Salvador —dice Santana.

Coronelio no se resiste y toma la copa.

—Y por lo que veo esto de sentirse humillado al señor le resulta muy cómodo...

—¿Qué dice?

—¿Los ha visto alguna vez? —pregunta Cristófano desde el retrovisor.

—¿Qué cosa?

—A los hombres de su mujer, ¿los ha visto?

—Cuando entro a la casa escucho pasos, a veces alguien usa la puerta trasera de la casa, o se enciende un motor y se aleja un auto.

—¿Qué más?

—Por la noche está cansada, no me presta ni la menor atención.

—¿Qué más?

—Siempre anda muy bien vestida, como si alguien fuese a venir de un momento a otro.

—No está ayudando mucho, Coronelio. ¿Qué más?

—Parece muy feliz, demasiado feliz para vivir con un hombre que nunca está en la casa.

—¡Bien! Eso me gusta más —dice Santana.

Con renovado entusiasmo, Cristófano se reacomoda en su asiento.

—¿Por qué el hombre nunca está en la casa? ¿Dónde está?

—Trabaja —dice Coronelio.

—¿Todo el día? Usted sale del trabajo a las seis...

—No es tan fácil: doy vueltas, me entretengo en algún bar, no quiero llegar a casa y encontrarlos...

—Lo de usted no es un problema —dice Santana—. Usted sufre de inconvenientes de la vida diaria, problemas que están ahí para recordarle que usted es tan humano como el resto de los hombres. Disfrute un poco más de las cosas: que unos cuantos encuentren consuelo acompañando a su mujer no quita que usted no pueda hacer lo mismo, al fin y al cabo la mujer es suya.

Santana espera una señal de furia o desaprobación, pero como Coronelio se mantiene inmóvil, continúa:

—Si hombres tan desgraciados y desamparados como usted se sienten mejor durmiendo con ella, ¿por qué entonces con usted no funciona?

—Al final, el tipo resulta ser de lo peor —concluye Cristófano—. No aprovecha su suerte pero tampoco le gusta compartirla.

—No se fastidie, Cristófano—dice Santana—, no vale la pena. El hombre nace para equivocarse, es lo que hace durante toda una vida. Así es que pierde amigos, se tropieza, estafa y es estafado, golpeado, humillado por madres y tías, así pierde el autobús, la dignidad, se estresa, se constipa, tiene gripe, hijos, hongos, se casa, compra la mesa del comedor, la devuelve, renuncia, tiene náuseas, engaña a su mujer, sobrestima socios y pierde documentos repetidas veces. Pero nuestro trabajo, Cristófano, no es castigar a los hombres por su estupidez, sino dar cuenta del hecho estúpido —un gesto de Santana ejemplifica el problema señalando el entorno—. ¿Se entiende?

Absorto, Coronelio mira a Santana:

—¿Usted cree que yo debería dejar de...?

—Definitivamente.

—Aunque mi mujer...

—No tengo duda.

—Entonces...

Los tres estudian a Coronelio que, sobre el asiento trasero, parece abandonar la duda, suspira, y se entrega al veredicto. Santana asiente complacido.

—¿Qué opina, Cristófano?

—Acá el que sabe es usted, Santana.

—Bueno, pero diga...

—Parece que eso de que es un ingrato lo pescó enseguida, se nota en la cara —Coronelio hace un ademán para hablar, pero Cristófano sigue—, lo que no sé si entiende es que es un miserable. ¿Usted qué dice?

Coronelio va a hablar, pero Santana se adelanta:

—Se reconoce culpable, de eso no hay duda, mírelo si no...

—Sí, yo diría... —reconoce Cristófano.

—Bien —dice Santana, y dicta a Salvador—. A las diecinueve horas del mismo día —A las diecinueve horas del corriente, transcribe Salvador—, el dicente reconoce en silencio su mal proceder y se muestra listo para regresar al hogar. Punto. El presente testimonio concluye con su óptimo resultado para ser archivado. Punto. Aparte. Deje cinco espacios, Salvador, firme y aclare, que en administración siempre hay problemas con su letra.

Salvador deja cinco espacios. Firma y aclara como escribiente. Queda a la suerte de la administración entender o no la letra. Abrocha las hojas. Cierra la máquina y la guarda con los papeles. En respetuoso silencio, el grupo espera hasta el final de la ceremonia.

—Excelente, Salvador —dice Santana—, ahora oriente a Cristófano que yo no me sé todas las casas de memoria.

Coronelio aprovecha el silencio y habla:

—¿Ustedes...?

—¿Qué? Le ruego no nos obligue a desempacar otra vez la máquina de escribir, es tarde y ya estamos todos cansados...

—No, no. Es sólo que...

—¿Qué? —la mirada de Cristófano lo reprime desde el espejo retrovisor.

—Ustedes vendrían a ser...

—A ver...

—¿Agentes psicológicos?

—¿Usted cree?

—¿Del Estado?

—¿Le parece?

—Pero entonces, ¿cómo funcionan? ¿Quién los financia? Nunca había oído hablar de ustedes...

—¿Usted hablaría de nosotros? ¿Hablaría?

—Pero ustedes...

—Mire, poco y mal paga el Estado Celestial a estos tres que le hablan como para que encima gasten su valioso tiempo en aclaraciones superfluas.

—¿Estado Celestial?

—No olvide que antes de comenzar nos hemos presentado con claridad y le hemos extendido los papeles, los sellos y las habilitaciones.

—¿Habilitaciones?

—¿Va a repetir todo lo que le digo?

—Hasta el coche está registrado —agrega Cristófano y señala la ficha que cuelga tras el asiento de acompañante, donde puede reconocerse el grabado de alas blancas que parecen elevar el símbolo de la justicia.

—Y no caiga en la fácil tentación de confundir las cosas, usted decidió recapitular sobre sus errores —dice Santana.

—Usted miente —dice al fin Coronelio—. Será privado o del Estado Celestial, yo no sé, pero ustedes están con mi mujer, ¡los manda mi mujer!

—Me da igual, Coronelio, la elección es suya —dice Santana.

Ignorando el enojo del hombre, quizá ofendidos, Salvador hace una seña a Cristófano, Cristófano detiene el coche frente a la casa de Coronelio, y Santana, que asiente mirando a los otros, da por terminado un asunto con el que no vale la pena seguir. Salvador hace a un lado el portafolio, desciende del coche y mantiene la puerta abierta. Intimidado por el silencio, Coronelio se ve obligado a bajar.

Avanza hacia la casa y sólo se detiene en el umbral, para mirar cómo el coche se aleja calle abajo. Teme entrar por su cuenta, pero nadie atiende y utiliza la llave. Una vez adentro recuerda las palabras de Santana, los ojos sinceros que lo miran desde el espejo retrovisor: usted tiene ahí mismo, en su casa y sobre la cama, el consuelo que otros hombres buscan bajo techos ajenos. Ahora lo entiende: él es el privilegiado, el elegido por sobre todos los demás que sube ahora las escaleras que conducen al cuarto matrimonial. Abre la puerta y ahí está ella, dormida, desnuda bajo las suaves sábanas blancas que apenas se ondulan cuando una brisa fresca

recorre la habitación. Es la mujer más hermosa del mundo, y es la suya. Ella exhala un dulce suspiro de placer y se reacomoda entre las sábanas, y Coronelio, que ahora es un hombre feliz, no repara en que la ventana ha quedado abierta y en que, entre las sábanas, descansa la pluma de un amante que ya no está.

Cosas que se tiran

—ME VOY A MATAR, eso es lo que voy a hacer —dice.

No me mira cuando habla. Está en el baño, yo la escucho desde el umbral. Se saca las hebillas del pelo y las tira en la pileta.

—Vas a ver que lo hago —se saca el collar, los anillos—, me meto en la bañera y con ver que tu cara sigue ahí, viendo si soy capaz, me alcanza para matarme.

La bañera se está llenando, los vidrios y los azulejos ya están empañados. Afuera es de noche.

—Ya no sé para qué me baño, para qué sigo comiendo, para qué mierda me levanto a la mañana. Debería tirarme en la cama por el resto de mi vida —se desabotona el saco con violencia—, total, ni te darías cuenta, podría ser otra mujer, podrías dormir con otra mujer durante años y tampoco te darías cuenta.

Se quita el saco y lo tira al piso. Se arranca la blusa. Tiene coloradas las mejillas, los ojos llorosos.

—Prefiriría que me engañaras, que te acostaras con otra mina, que me golpearas, que hicieras alguna puta cosa, que algo moviera un pelo.

Se arranca el corpiño. Se sienta en el borde de la bañera y tira de los cordones de las botas.

—Te da igual. Que esté, que no esté, que te hable y que no te hable una mierda. Te da igual. Ah, pero eso sí —ahora sí me mira, se olvida de las botas desatadas de sus pies, se para y camina hacia mí, mueve actoralmente las manos—, eso sí: el señor necesita sus cosas ordenadas —me escupe cuando habla—. El puto pijama doblado sobre la cómoda, las malditas facturas a pagar apiladas en orden, las llaves de mierda colgadas junto a la puerta.

Vuelve a sentarse. Se arranca las botas, las medias.

—Y no vas a decir nada, por supuesto. Por qué variar esa hermosa jeta de pelotudo.

Me mira pero ya no a los ojos, recorre mi cuerpo como si yo acabara de entrar o como si nunca me hubiera visto. Entonces se toma unos segundos, suspira. Se incorpora y sale del baño.

Me quedo donde estoy, mirando el agua de la bañera ya a punto de rebalsar. Pronto va a empaparse la ropa tirada en el piso. La escucho hacer cosas en el cuarto. Abrir los cajones de las mesitas de luz. Correr las puertas del placar. Mover carpetas sobre el escritorio. Silencio. Regresa rápido hacia el baño. Entra sin mirarme, cargada de cosas. Toma del pilón mi pijama y lo tira a la bañera. Se concentra en las cosas que va tirando, una a una, al agua:

—Sabés qué —tira facturas, mis talonarios del estudio—, lo pensé mejor, y no me mato nada —tiene puesta su campera, aunque abajo debe estar todavía desnuda. Está calzada con sus zapatillas de tenis y tiene un bolso colgando del hombro. Abre el álbum, empieza a sacar una a una las fotos y a tirarlas a la bañera. También tira documentos, el certificado de casamiento, la escritura de la casa. Abre mi billetera sobre la bañera y la sacude hasta vaciarla, después la tira. Cuando termina con todo lo que traía sigue con ropa tirada, sus botas, mis revistas y el felpudo que hay bajo la pileta. Sale sin mirarme, sin decir nada más. Cruza el *living,* las llaves se le caen cuando intenta abrir la puerta. Las levanta, abre, y entonces sí, antes de salir, las arroja al piso. Cierra de un portazo.

En el baño el agua rebalsa y llega ya hasta mis pies. Me saco la camisa y la tiro a la bañera. Tiro también el pantalón y el calzoncillo, y después, poco a poco, me voy metiendo entre las otras cosas.

Conservas

ASÍ PASA UNA SEMANA, un mes, y vamos haciéndonos la idea de que Teresita se adelantará a nuestros planes. Voy a tener que renunciar a la beca de estudios porque dentro de unos meses ya no va a ser fácil viajar. Quizá no por Teresita, sino por pura angustia, no puedo parar de comer y empiezo a engordar. Manuel me alcanza la comida al sillón, a la cama, al jardín. Todo organizado en la bandeja, limpio en la cocina, abastecido en la alacena, como si la culpa, o qué se yo qué cosa, lo obligara a cumplir con lo que espero de él. Pero pierde energías, no parece muy feliz. Un par de veces regresa tarde a casa. No me hace compañía, ni habla del tema.

Pasa otro mes. Mamá también se resigna, nos compra algunos regalos y nos los entrega —la conozco bien— con algo de tristeza. Dice:

—Este es un cambiador lavable con cierre de belcro… Estos son escarpines de puro algodón… Esta es la toalla con capucha en piqué… —Papá la mira y asiente.

—Ay, no sé… —digo yo, y no sé si me refiero al regalo o a Teresita—. La verdad es que no sé —le digo más tarde a mi suegra cuando cae con un juego de sabanitas de colores—, no sé —digo ya sin saber qué decir, y abrazo las sábanas y me largo a llorar.

El tercer mes me siento más triste todavía. Cada vez que me levanto me miro al espejo y me quedo así un rato. Mi cara, mis brazos, todo mi cuerpo, y por sobre todo la panza, están cada vez más hinchados. A veces llamo a Manuel y le pido que se pare al lado. A él en cambio lo veo más flaco. Además, cada vez me habla menos. Llega del trabajo, se sienta a mirar televisión y se agarra la cabeza. No es que ya no me quiera, ni que me quiera menos. Sé que

Manuel me adora y que, como yo, no tiene nada en contra de nuestra Teresita, qué va a tener. Pero es que había tanto que hacer antes de su llegada.

A veces mamá pide acariciar la panza. Me siento en el sillón y ella habla con voz suave y cariñosa, le dice cosas a Teresita. A la mamá de Manuel, en cambio, se le da por llamar a cada rato para saber cómo estoy, dónde estoy, qué estoy comiendo, cómo me siento, y todo lo que se le pueda ocurrir preguntar.

Sufro insomnio. Paso las noches despierta, en la cama. Miro el techo con las manos sobre la pequeña Teresita. No puedo pensar en nada más. No puedo entender como en un mundo en el que ocurren cosas que todavía me parecen maravillosas, como alquilar un coche en un país y devolverlo en otro, descongelar del *freezer* un pescado fresco que murió hace treinta días, o pagar las cuentas sin moverse de casa, no pueda solucionarse un asunto tan trivial como un pequeño cambio en la organización de los hechos. Es que simplemente no me resigno.

Entonces olvido la guía de la obra social y busco otras alternativas. Hablo con obstetras, con curanderos y hasta con un chamán. Alguien me da el número de una comadrona y hablo con ella por teléfono. Pero cada uno a su manera presenta soluciones conformistas o perversas que nada tienen que ver con lo que busco. Me cuesta hacerme a la idea de recibir a Teresita tan temprano, pero tampoco quiero lastimarla. Y entonces doy con el doctor Weisman.

El consultorio queda en el último piso de un edificio antiguo del centro. No tiene secretaria, ni sala de espera. Sólo un pequeño *hall* de entrada y dos habitaciones. Weisman es muy amable, nos hace pasar y nos ofrece café. Durante la conversación se interesa en especial por el tipo de familia que formamos, por nuestros padres, por nuestro matrimonio, por las relaciones particulares entre cada uno de nosotros. Contestamos a todo lo que pregunta. Después entrecruza los dedos y apoya las manos sobre el escritorio. Weisman parece conforme con nuestro perfil. Nos cuenta algunas cosas sobre su trayectoria, el éxito de sus investigaciones y lo que nos puede ofrecer, pero parece intuir que no necesita convencernos, y pasa directamente a explicarnos el tratamiento. Cada tanto miro a Manuel, que escucha a Weisman con atención, asiente, parece

entusiasmado. El plan incluye cambios en la alimentación, en el sueño, ejercicios de respiración, medicamentos. Va a haber que hablar con mamá y papá, y con la madre de Manuel; el papel de ellos también es importante. Anoto todo en mi cuaderno, punto por punto.

—¿Y qué seguridad tenemos con este tratamiento? —pregunto.

—Tenemos lo que necesitamos para que todo salga bien —dice Weisman.

Al día siguiente Manuel no va a al trabajo. Nos sentamos en la mesa del *living,* rodeados de grillas y papeles, y empezamos a trabajar. Anotamos lo más fielmente posible cómo se han ido dando las cosas desde el momento en que sospechamos que Teresita se había adelantado. Citamos a nuestros padres y somos claros con ellos: el asunto está decidido, el tratamiento en marcha, y no hay nada que discutir. Papá va a preguntar algo, pero Manuel lo interrumpe:

—Tienen que hacer lo que les pedimos —dice, y los mira como rogando su compromiso—, en la hora y al tiempo que corresponda.

Están preocupados y creo que no llegan a entender de qué se trata, pero se comprometen a seguir las instrucciones y cada uno vuelve a su casa con una lista.

Cuando concluyen los primeros diez días las cosas ya están un poco más aceitadas. Tomo mis tres pastillas diarias en horario y respeto cada sesión de «respiración consciente». La respiración consciente es parte fundamental del tratamiento y es un método de relajación y concentración innovador, descubierto y enseñado por el mismo Weisman. En el jardín, sobre el césped, me centro en el contacto con «el vientre húmedo de la tierra». Comienzo inhalando una vez y exhalando dos veces. Prolongo los tiempos hasta inspirar durante cinco segundos, y exhalar en ocho. Tras varios días de ejercicio inhalo en diez y exhalo en quince, y entonces paso al segundo nivel de respiración consciente y empiezo a sentir la dirección de mis energías. Weisman dice que eso va a tomarme algo más de tiempo, pero insiste en que el ejercicio está a mi alcance, en que tengo que seguir trabajando. Hay un momento en el que es posible visualizar la velocidad a la que la energía circula en el cuerpo. Se siente como un cosquilleo suave, que comienza por lo general en los labios, en las manos y en los pies. Entonces uno

empieza a controlarlo: hay que aminorar el ritmo, lentamente. La meta es detenerlo por completo para, poco a poco, retomar la circulación en sentido contrario.

Manuel no puede ser muy cariñoso conmigo todavía. Tiene que ser fiel a las listas que hicimos y por lo tanto, hasta dentro de un mes y medio, mantenerse alejado, hablar sólo lo necesario y volver tarde a casa algunas noches. Cumple con su parte con esmero pero lo conozco, y sé que ya está mejor, más optimista, y que se muere de ganas de abrazarme y decirme lo mucho que me extraña. Pero así hay que hacer las cosas por ahora; no podemos arriesgarnos a salir ni un segundo del guión.

Al mes sigo progresando en la respiración consciente. Ya casi siento que logro detener la energía. Weisman dice que no falta mucho, que apenas hay que esforzarse un poco más. Me aumenta la dosis de las pastillas. Empiezo a notar que la ansiedad disminuye y como un poco menos. Siguiendo el primer punto de su lista, la madre de Manuel se esfuerza al máximo y trata de, gradualmente —esto último es importante y se lo subrayamos repetidas veces—, gradualmente, decía, ir haciendo menos llamados a casa y bajar la ansiedad por hablar todo el tiempo sobre Teresita.

El segundo es quizá el mes de más cambios. Mi cuerpo ya no está tan hinchado, y para sorpresa y alegría de ambos, la panza empieza a disminuir. Este cambio tan notable alerta un poco a nuestros padres. Quizá es ahora cuando entienden, o intuyen, en qué consiste el tratamiento. La madre de Manuel, sobre todo, parece temer lo peor, y aunque se esfuerza por mantenerse al margen y seguir su lista, siento el miedo y sus dudas y temo que esto afecte el tratamiento.

Duermo mejor por las noches, y ya no me siento tan deprimida. Le cuento a Weisman mis progresos en la respiración consciente. Él se entusiasma, parece que estoy a punto de lograr mi energía inversa, tan pero tan cerca que solo un velo me separa del objetivo.

Empieza el tercer mes, el anteúltimo. Es el mes en el que más protagonismo van a tener nuestros padres; estamos ansiosos por ver que cumplan con su palabra y que todo salga a la perfección, y lo hacen, y lo hacen bien, y estamos agradecidos. La madre de Manuel llega a casa una tarde y reclama las sábanas de colores que había traído para Teresita. Quizá porque había pensado en este detalle

durante mucho tiempo, me pide una bolsa para envolver el paquete. Es que así lo traje, dice, con bolsa, así que así se va, y nos guiña un ojo. Después les toca a mis padres. También vienen por sus regalos, los reclaman uno por uno: primero la toalla con capucha en piqué, después los escarpines de puro algodón, por último el cambiador lavable con cierre de belcro. Los envuelvo. Mamá pide acariciar por última vez la panza. Me siento en el sillón, ella se sienta al lado mío, y habla con voz suave y cariñosa. Acaricia la panza y dice, esta es mi Teresita, como voy a extrañar a mi Teresita, y yo no digo nada, pero sé que, si hubiera podido, si no hubiera tenido que limitarse a su lista, habría llorado.

Los días del último mes pasan rápido. Manuel ya puede acercarse más y la verdad es que su compañía me hace bien. Nos paramos frente al espejo y nos reímos. La sensación es todo lo contrario a lo que se siente al emprender un viaje. No es la alegría de partir, sino la de quedarse. Es como si al mejor año de tu vida le agregaras un año más, bajo las mismas condiciones. Es la oportunidad de seguir continuada.

Estoy mucho menos hinchada. Eso alivia mis actividades y me levanta el ánimo. Hago mi última visita a Weisman.

—Se acerca el momento —dice él, y empuja sobre el escritorio, hacia mí, un frasco de vidrio del tamaño de un vaso con una etiqueta que dice «Dr. Weisman». Está helado, y así debe mantenerse, por eso me indicó que trajera la vianda térmica. Debo guardarlo en la heladera en cuanto llegue. Lo levanto: el agua es transparente pero espesa, como un frasco de almíbar incoloro.

Una mañana, durante una sesión de respiración consciente, logro pasar al último nivel: respiro lentamente, el cuerpo siente la humedad de la tierra y la energía que lo envuelve. Respiro una vez, otra vez, otra vez, y entonces todo se detiene. La energía parece materializarse a mi alrededor y podría precisar el momento exacto en el que, poco a poco, comienza a circular en sentido inverso. Es una sensación purificadora, rejuvenecedora, como si el agua o el aire volviesen por sí mismos al sitio en el que alguna vez estuvieron contenidos.

Entonces llega el día. Está marcado en el almanaque de la heladera, Manuel lo rodeó con un círculo rojo cuando volvimos del consultorio de Weisman por primera vez. No sé cuándo sucederá,

estoy preocupada. Manuel está en casa. Estoy recostada en la cama. Lo escucho caminar de un lado a otro, intranquilo. Me toco la panza. Es una panza normal, una panza como la de cualquier mujer, quiero decir que no es una panza de embarazada. Al contrario, Weisman dice que el tratamiento fue muy intenso: estoy un poco anémica, y mucho más flaca que antes de que el asunto de Teresita empezara.

Espero toda la mañana y toda la tarde encerrada en mi cuarto. No quiero comer, ni salir, ni hablar. Manuel se asoma cada tanto y pregunta cómo estoy. Imagino que mamá debe estar trepándose por las paredes, pero saben que no pueden llamar ni pasar a verme.

Ahora hace rato que siento náuseas. El estómago me arde y late cada vez más fuerte, como si fuera a explotar. Tengo que avisarle a Manuel, pero trato de incorporarme y no puedo, no me había dado cuenta de lo mareada que estaba. Tengo que avisarle a Manuel para que llame a Weisman. Logro levantarme, me siento mareada. Me dejo caer al piso y espero un segundo de rodillas. Pienso en la respiración consciente pero mi cabeza ya está en otra cosa. Tengo miedo. Temo que algo pueda salir mal y lastimemos a Teresita. Quizá ella sepa lo que está pasando, quizá todo esto esté muy mal. Manuel entra a la habitación y corre hasta mí.

—Yo sólo quiero dejarlo para más adelante… —le digo—, no quiero que…

Quiero decirle que me deje acá tirada, que no importa, que corra a hablar con Weisman, pero no puedo hablar. Me tiembla el cuerpo, no tengo control sobre él. Manuel se arrodilla junto a mí, me toma de las manos, me habla pero no oigo lo que dice. Siento que voy a vomitar. Me tapo la boca. Él parece reaccionar, me deja sola y corre hacia la cocina. No demora más que unos segundos: regresa con el vaso desinfectado y el frasco que dice «Dr. Weisman». Rompe la faja de seguridad del envase, vierte el contenido translúcido en el vaso. Otra vez siento ganas de vomitar, pero no puedo, no quiero, no todavía. Tengo una arcada, y otra, y otra, arcadas cada vez más violentas que empiezan a dejarme sin aire. Por primera vez pienso en la posibilidad de la muerte. Pienso en eso un instante y ya no puedo respirar. Manuel me mira, no sabe qué hacer. Las arcadas se interrumpen y algo se me atora en la garganta. Cierro la boca y tomo a Manuel de la muñeca. Entonces siento algo pequeño, del

tamaño de una almendra. Lo acomodo sobre la lengua, es frágil. Sé lo que tengo que hacer pero no puedo hacerlo. Es una sensación inconfundible que guardaré hasta dentro de algunos años. Miro a Manuel: parece aceptar el tiempo que necesito. Después me acerca el vaso, y al fin, suavemente, la escupo.

La medida de las cosas

De Enrique Duvel sabía que era rico por herencia y que, aunque a veces se lo veía con algunas mujeres, todavía vivía con la madre. Los domingos daba vueltas a la plaza en su auto descapotable, sin mirar ni saludar a ningún vecino, y así desaparecía hasta el fin de semana siguiente. Yo tenía la juguetería que había heredado de mi padre, y un día lo sorprendí en la calle, mirando con recelo la vidriera de mi negocio. Se lo comenté a Mirta, mi mujer, que dijo que quizá yo lo había confundido con otra persona. Pero después ella misma lo vio. Se detenía algunas tardes frente a la juguetería y miraba la vidriera un rato. La primera vez que entró lo hizo sin la menor convicción, como avergonzado y no muy seguro de lo que buscaba. Se acercó hasta el mostrador y revisó desde ahí las estanterías. Esperé a que hablara. Jugó un momento con el llavero del auto y al fin pidió el modelo de un avión a escala para armar. Regresó varios días después por el modelo que le seguía. En visitas sucesivas incorporó a la colección coches, barcos y trenes. Comenzó a pasar todas las semanas, y cada vez se llevaba algo. Hasta que una noche, cuando yo cerraba las persianas del negocio, lo encontré afuera, solo frente a la vidriera. Temblaba, tenía la cara roja y los ojos llorosos, como si hubiera estado llorando, y parecía algo asustado. No vi su auto y por un momento pensé que se lo habían robado.

—¿Y el coche, Duvel?

Hizo un gesto confuso.

—Es mejor si me quedo acá —dijo.

—¿Acá? ¿Y su madre? —Me arrepentí de mi pregunta, temí haberlo ofendido, pero dijo:

—No quiere volver a verme. Se encerró en la casa con todas las llaves. Dice que no va a abrirme nunca más y que el auto también es de ella. Mejor si me quedo acá —repitió.

Pensé que Mirta no iba a estar de acuerdo, pero le debía a ese hombre casi el veinte por ciento de mis ganancias mensuales y no podía echarlo.

—Pero acá Duvel… Acá no hay dónde dormir.

—Le pago la noche —dijo. Revisó sus bolsillos—. Acá no traigo plata… Pero puedo trabajar, seguro hay algo que yo pueda hacer.

Dejarlo que se quedara me parecía una mala decisión, pero lo hice pasar. Entramos a oscuras. Cuando encendí las luces, las vidrieras le iluminaron los ojos. Algo me decía que Duvel no dormiría en toda la noche y temí dejarlo solo. Se erguía entre las góndolas una gran pila de cajas que habían llegado a última hora y no había podido ordenar, y aunque encargárselas podía ser un problema, pensé que al menos lo mantendrían ocupado.

—¿Podría ordenar las cajas?

Asintió.

—Yo expongo todo mañana, sólo hay que separar los artículos por rubro —me acerqué a la mercadería y él me siguió—, los rompecabezas con los rompecabezas, por ejemplo. Se fija dónde están y lo acomoda todo junto, ahí, detrás de los estantes. Y si…

—Entiendo perfectamente —me interrumpió Duvel.

Al día siguiente llegué a la juguetería unos minutos antes. Las persianas estaban levantadas, y las luces que ya no hacían falta, apagadas. Sólo cuando estuve adentro me di cuenta de que la decisión de dejar a Duvel solo había sido un tremendo error. Ya nada estaba en su lugar. Si en ese mismo instante un cliente entraba y pedía el muñeco de un superhéroe determinado, encontrar el pedido podía llevarme toda la mañana. Había reordenado la juguetería cromáticamente: modeladores de plastilina, juegos de cartas, bebés gateadores, carritos con pedales, todo estaba mezclado. Sobre las vidrieras, en las góndolas, en las repisas: los matices de colores se extendían de un extremo a otro del negocio. Pensé que siempre recordaría esa imagen como el principio del desastre. Y estaba decidido a pedirle que se fuera, totalmente decidido, cuando noté que una mujer y sus hijos miraban el interior del local como si algo maravilloso, que yo no alcanzaba a ver,

estuviera moviéndose entre las góndolas. Se fueron sumando otros padres y otros chicos que no pudieron evitar detenerse frente a la vidriera, y más tarde, clientes a quienes otros clientes habían comentado el asunto. Antes del mediodía el local estaba lleno: nunca se vendió tanto como esa mañana. Era difícil localizar los pedidos, pero Duvel resultó tener excelente memoria y bastaba que yo nombrara el artículo para que él asintiera y corriera en su búsqueda.

—Llámeme por mi nombre —me dijo ese día— si le parece…

Los colores destacaban los artículos que nunca antes habían llamado la atención. Las patas de rana, verdes, seguían por ejemplo a los sapos con silbato que ocupaban las últimas filas del turquesa, mientras los rompecabezas de glaciares, que venían del marrón por la base de tierra de las fotografías, cerraban el círculo uniendo sus picos de nieve con pelotas de vóley entre peluches de leones albinos.

Ni ese día, ni ningún otro por ese entonces, se cerró el local a la hora de la siesta, y el momento del cierre comenzó a retrasarse cada vez un poco más. Enrique durmió en el local también esa noche y otras tantas noches que le siguieron. Mirta estuvo de acuerdo en armar para él un espacio en el depósito. Los primeros días tuvo que conformarse con un colchón tirado en el piso. Al poco tiempo conseguimos una cama y, más tarde, compramos para el cuarto una mesa con dos sillas y un juego de toallas para el baño en las que Mirta bordó la letra E en color oro. Una vez por semana, durante la noche, Enrique reorganizaba el local. Armaba escenarios utilizando las formas de los ladrillos gigantes; modificaba, mediante agujereadas paredes de juguetes apilados contra el vidrio, la luz del interior del local; construía castillos que recorrían las góndolas; inventaba juegos, competencias, concursos que seducían a los chicos y retenían a los padres en la juguetería. Fue inútil insistir en un sueldo, no le interesaba.

—Es mejor si me quedo acá —decía—, mejor que el sueldo.

No salía del negocio, para nada. Comía lo que Mirta le mandaba por las noches: viandas que empezaron siendo algunas rodajas de pan con fiambre y terminaron en elaborados platos para todas las comidas del día.

Enrique nunca tocó los modelos para armar. Ocupaban las

estanterías más altas del local y ahí permanecieron siempre. Fue lo único que conservó su lugar. Prefirió en cambio los rompecabezas y los juegos de mesa. En las mañanas, si yo llegaba antes de hora, encontraba a Enrique sentado a la mesa con su vaso de leche, jugando con los seis colores de las damas chinas o encastrando las últimas piezas de un gran paisaje otoñal. Se había vuelto silencioso, pero sin dejar de ser atento con los clientes, sobre todo con los chicos, con quienes tenía una comunicación especial. Se tomó la costumbre de armar su cama por las mañanas, de limpiar la mesa y barrer el piso después de comer. Al terminar, se acercaba hasta mí o hasta Mirta, que por el exceso de trabajo había empezado a atender el mostrador, y decía «Ya armé la cama» o «Acabo de terminar de barrer» o simplemente «Ya terminé» y era el modo, obsecuente, decía Mirta, lo que de alguna manera empezaba a preocuparnos.

Una mañana descubrí que ya no jugaba con las mismas cosas. Había recreado sobre la mesa, con muñecos articulados, animales de granja y ladrillos para armar, un pequeño zoológico y desayunaba su vaso de leche mientras abría la verja de los caballos y los hacía galopar, uno por uno, hasta un pulóver oscuro que hacía de montaña. Lo saludé y volví al mostrador para empezar el trabajo. Cuando se acercó parecía avergonzado.

—Ya terminé con la cama —dijo—, y ordené también el resto del cuarto.

—Está bien —dije—, quiero decir… No importa si se arma o no la cama. Es tu cuarto, Enrique.

Pensé que estaba entendiendo, pero miró hacia el piso, aún más avergonzado y dijo:

—Perdón, no volverá a pasar. Gracias.

Enrique dejó de reordenar también los juegos de mesa. Colocó las cajas en los estantes superiores, junto a las réplicas para armar, y sólo subía por ellas si algún cliente reclamaba específicamente ese artículo.

—Hay que hablar con él —decía Mirta—; la gente va a creer que ya no trabajamos rompecabezas…

Pero no le dije nada. Se vendía bien y no quería lastimarlo.

Con el tiempo empezó a rechazar algunas comidas. Le gustaba la carne, el puré, y las pastas con salsas simples. Si le llevábamos otra cosa, no comía, así que Mirta empezó a cocinar sólo las cosas que a

él le gustaban.

Alguna que otra vez los clientes le dejaban monedas, y cuando juntó lo suficiente compró en la juguetería un tazón de plástico azul que traía en el frente un auto deportivo en relieve. Lo usaba para desayunar, y a la mañana, al reportar el estado de la cama y el cuarto, empezó a agregar:

—También lavé mi taza.

Mirta me contó con preocupación que una tarde en que Enrique jugaba con un chico, se aferró de pronto a un superhéroe en miniatura y se negó a compartirlo. Cuando el chico se echó a llorar, Enrique se alejó furioso y se encerró en el depósito.

—Sabés cuánto cariño le tengo a Enrique —dijo esa noche mi mujer—, pero esas son cosas que no deberíamos permitirle.

Aunque mantenía su ingenio a la hora de reorganizar la mercadería, había dejado también de jugar con los muñequitos articulados y los ladrillos y los había archivado junto con los juegos de mesa y las réplicas para armar, en las atiborradas estanterías superiores. Los juguetes que aún se reordenaban y estaban al alcance de clientes conformaban ya una franja demasiado pequeña y monótona que apenas atraía a los chicos de menor edad. Poco a poco, las ventas volvieron a bajar y el local comenzó otra vez a vaciarse. Ya no hizo falta la ayuda de Mirta, que dejó de atender el mostrador y, otra vez, él y yo estábamos solos.

Recuerdo la última tarde que vi a Enrique. No había querido almorzar y caminaba entre las góndolas con su tazón vacío. Lo vi triste y solo. Sentía, a pesar de todo, que Mirta y yo le debíamos mucho, y quise animarlo: trepé la escalera corrediza, que no usaba desde el último día en que había estado solo en el negocio, y subí hasta las estanterías más altas. Elegí para él una locomotora antigua, importada. Era la mejor réplica en miniatura que tenía. El paquete decía que se armaba con más de mil piezas y, si se le agregaban pilas, funcionaban las luces. Bajé con el regalo y lo llamé desde el mostrador. Caminaba cabizbajo entre las góndolas. Cuando volví a llamarlo se agachó de golpe, como asustado, y ahí se quedó.

—Enrique…

Dejé la caja y me acerqué despacio. Lloraba en cuclillas, abrazándose las piernas.

—Enrique, quiero darte…

—No quiero que nadie vuelva a pegarme —dijo. Tomó aire y siguió llorando en silencio.

—Pero Enrique, nadie…

Me arrodillé cerca. Quería tener la caja ahí mismo, darle algo, algo especial, pero no podía dejarlo solo. Mirta hubiera sabido qué hacer, cómo calmarlo. Entonces la puerta se abrió con violencia. Desde el suelo vimos, por debajo de las góndolas, dos tacones altos avanzar entre los pasillos.

—¡Enrique…! —era una voz fuerte, autoritaria.

Los tacones se detuvieron y Enrique me miró asustado. Parecía querer decirme algo.

—¡Enrique!

Los tacones volvieron a moverse, ahora directo hacia nosotros, y una mujer nos encontró a la vuelta de la góndola.

—¡Enrique! —se acercó furiosa—. ¡Cómo te estuve buscando, estúpido! —gritó, y le dio una cachetada que le hizo perder el equilibrio.

Lo agarró de la mano y lo levantó de un tirón. La mujer me insultó, pateó el tazón que había caído al piso y se llevó a Enrique casi a rastras. Lo vi tropezar y caerse frente a la puerta. De rodillas, se volvió para mirarme. Después hizo una mueca, como si fuera a echarse a llorar. Al verlo estirar la mano me pareció que sus dedos pequeños trataban de desprenderse de los de la madre que, furiosa, se inclinaba para alzarlo.

Bajo tierra

HABÍA OSCURECIDO y todavía tenía que manejar varias horas. Desconfío de los paradores de ruta, tan apartados de todo, pero necesitaba descansar y tomar algo para despabilarme. Las luces interiores le daban cierta calidez al lugar, y había tres coches estacionados frente a los ventanales, lo que me dio algo más de confianza. Dentro no había mucha gente: una pareja joven que comía unas hamburguesas, un tipo de espaldas, al fondo, y otro hombre más viejo en la barra. Me senté junto a él, cosas que uno hace cuando viaja demasiado, o cuando hace tanto que no habla con nadie. Pedí una cerveza. El *barman* era gordo y se movía despacio.

—Son cinco pesos —dijo.

Pagué y me sirvió. Hacía horas que soñaba con mi cerveza y esa era bastante buena. El viejo parecía absorto en su vaso, o en cualquier otra cosa que pudiese verse en el vidrio.

—Por una cerveza le cuentan una historia —dijo el gordo señalándome al viejo.

El viejo pareció despertar y se volvió hacia mí. Tenía los ojos grises y claros, quizá tuviera un principio de cataratas o algo por el estilo; no parecía ver bien. Pensé que adelantaría algo de la historia, o que se presentaría. Pero se quedó quieto, como un perro ciego que cree haber visto algo y no tiene mucho más que hacer.

—Vamos, amigo —dijo el gordo, y me guiñó el ojo—, sólo es una cerveza para el abuelo.

Dije que sí, que por supuesto. El viejo sonrió. Saqué cinco pesos para el gordo y en menos de un minuto el viejo ya tenía lleno su vaso otra vez. Tomó un par de tragos y se volvió automáticamente

hacia mí. Pensé que ya habría contado la historia un centenar de veces, y por un momento me arrepentí de haberme sentado a su lado.

—Esto pasa adentro —dijo, señalando el secacopas o, quizá, un horizonte imaginario que yo todavía no podía ver—, adentro, bien en el campo. Había un pueblo ahí, un pueblo minero, ¿entiende? Un pueblo chico, la mina recién empezaba a funcionar. Pero tenía ahí una plaza, la iglesia, y la calle que iba hasta la mina estaba asfaltada. Los mineros eran jóvenes. Habían llevado a sus mujeres y en pocos años ya había muchos chicos, ¿entiende?

Asentí. Busqué con la mirada al gordo, que evidentemente ya conocía la historia y se distraía acomodando botellas a un lado de la barra.

—Bueno, estos chicos estaban todo el día por ahí porque eran muy chicos para trabajar. Se la pasaban corriendo, jugando en la calle. Un día uno de estos chicos descubre en un descampado algo extraño. La tierra estaba ahí como hinchada. Era poca cosa, no a cualquiera le hubiese llamado la atención, pero pareció suficiente para ellos. Los que estaban ahí, no eran muchos los que lo encontraron, se fueron acercando, hicieron un círculo alrededor y estuvieron así un rato. Uno se arrodilló y empezó a escarbar la tierra con las manos, así que el resto empezó a hacer lo mismo. Enseguida encontraron algún balde de juguete o cualquier otra cosa que sirvió de pala, y empezaron a cavar. Fueron sumándose otros a lo largo de la tarde. Llegaban y se sumaban sin preguntar, como si ya hubiesen sido avisados del pozo. Los primeros terminaban por cansarse e iban dejando lugar a los nuevos. Pero no se alejaban. Se quedaban cerca, mirando siempre la obra. Al día siguiente volvieron más preparados, traían baldes, cucharones de cocina, palas de maceta, cosas que seguramente les habían pedido a sus padres. El agujero pasó a ser un pozo. Entraban cinco o seis adentro. Apenas si les asomaba la cabeza. Juntaban la tierra en los baldes y se los pasaban a los de arriba que, a su vez, la llevaban hasta un montículo que iba haciéndose cada vez más grande, ¿me entiende?

Asentí, y aproveché la interrupción para pedirle al gordo más cerveza. Pedí otra para el viejo. Él aceptó la cerveza, pero la interrupción no pareció gustarle. Se quedó callado, y sólo siguió

cuando el gordo dejó frente a nosotros los nuevos vasos y se concentró otra vez en sus cosas.

—Los chicos empezaron a interesarse sólo en el pozo, no había ninguna otra cosa que llamara su atención. Si no podían estar ahí cavando, hablaban entre ellos del tema, y si estaban con adultos, prácticamente no hablaban. Obedecían sin discutir, siempre concentrados en otra cosa, y como respuesta no se escuchaba más que «sí», «no», «da igual». Siguieron cavando. Trabajaban cada vez más organizados, de a turnos cortos. Como el pozo ya era más profundo subían los baldes con sogas. A la tarde, antes de que oscurezca, se ayudaban entre ellos para salir y tapaban con tablas la boca. Algunos padres estaban entusiasmados con la idea del pozo, porque decían que eso les permitía jugar a todos juntos, y que eso era bueno. A otros les daba igual. Seguro había padres que ni sabían del tema. Yo creo que algún adulto, intrigado por todo el asunto, debe haberse acercado una noche, mientras los chicos dormían, y debe haber levantado las tablas. ¿Pero qué puede verse en la noche, en un pozo vacío cavado por chicos? No creo que hayan encontrado nada. Deben haber pensado que sólo era un juego, eso deben haber pensado, hasta el último día.

El tipo volvió a concentrar su mirada en el vaso y no dijo nada más. Me quedé esperando. No sabía si había terminado. Se me ocurrieron un par de comentarios pero ninguno me pareció oportuno. Busqué al gordo; atendía la mesa de la pareja joven, que ya se iba. Abrí la billetera, conté otros cinco pesos y los puse entre los dos. El viejo agarró el dinero y lo guardó en su bolsillo.

—Esa noche perdieron a sus hijos. Empezaba a oscurecer. Era el momento del día en que los chicos volvían a sus casas, pero no había señales de ellos. Salieron a buscarlos y se encontraron con otros padres también preocupados, y cuando empezaron a sospechar que algo podía haber pasado, ya casi todos estaban en la calle. Los buscaron desorganizadamente, cada uno por su lado. Fueron a la escuela, a algunas casas donde antes solían jugar. Algunos se alejaron y fueron hasta la mina, examinaron los alrededores, buscaron incluso en sitios donde los chicos no podrían llegar solos. Buscaron durante horas y no encontraron a ninguno. Supongo que cada padre por su cuenta había pensado alguna vez que algo malo podía pasarle a su hijo. Un chico trepado a un

paredón puede caerse y abrirse la cabeza en un segundo. Puede ahogarse en el estanque jugando con otro a hundirse entre sí, puede atorársele en la garganta un carozo, una piedra, cualquier cosa, y morirse ahí nomás. Pero ¿qué fatalidad podía borrarlos a todos de la tierra? Discutieron. Pelearon. Quizá porque pensaron que podrían encontrar alguna pista, fueron concentrándose alrededor del pozo, y levantaron las tablas. Deben haberse mirado entre sí, confundidos, sin saber muy bien qué pasaba: no había ningún pozo. Las tablas tapaban una protuberancia, el montículo que queda en la tierra cuando se la remueve, o cuando se entierra a los muertos. Podría pensarse que el pozo se había derrumbado, o que los chicos lo habían vuelto a tapar, pero la tierra que habían sacado seguía ahí, podían verla desde donde estaban. Fueron por palas y empezaron a cavar donde antes lo habían hecho los chicos. Una madre gritaba desesperada.

»—Paren, por favor. Despacio, despacio… —gritaba—, van a darles con las palas en la cabeza. —Hubo que calmarla entre varios.

»Al principio cavaban con cuidado, más tarde abrían la tierra a palazos. Pero bajo la tierra no había más que tierra, y algunos padres se rindieron y empezaron a dejar el pozo, confundidos. Otros siguieron trabajando hasta la noche siguiente, ya sin ningún cuidado, agotados, y al final todos terminaron por volver a sus casas, más solos que nunca.

»El gobernador viajó hasta el pueblo. Trajo gente aparentemente especializada para examinar el pozo. Les hicieron repetir la historia varias veces.

»—¿Pero dónde estaba exactamente el pozo? —preguntaba el capataz.

»—Acá, exactamente acá.

»—¿Pero no es que este pozo lo cavaron ustedes?

»Los hombres del gobernador dieron vueltas por el pueblo, revisaron algunas casas, y no volvieron nunca más. Entonces empezó la locura. Dicen que una noche una mujer oyó ruidos en la casa. Venían del suelo, como si una rata o un topo escarbara bajo el piso. El marido la encontró corriendo los muebles, levantando las alfombras, gritando el nombre de su hijo mientras golpeaba el piso con los puños. Otros padres empezaron a oír los mismos ruidos. Arrinconaron contra las paredes todos los muebles. Arrancaron con

las manos las maderas del piso. Algunos abrieron a martillazos las paredes de los sótanos, cavaron en sus patios, vaciaron los aljibes. Minaron de agujeros las calles de tierra. Tiraban cosas adentro, como comida, abrigo, juguetes; luego volvían a taparlos. Dejaron de enterrar la basura. Levantaron del cementerio los pocos muertos que tenían. Dicen que algunos padres siguieron cavando noche y día en el descampado, y que sólo se detuvieron cuando el cansancio o la locura acabaron con sus cuerpos.

El viejo volvió a mirar su vaso ya vacío, y yo inmediatamente le pasé otros cinco pesos. Pero había terminado; rechazó el dinero.

—¿Sale? —me preguntó. Sentí que era la primera vez que me hablaba. Como si toda la historia no hubiera sido más que eso, una historia paga ya terminada, y por primera vez los ojos grises y ciegos del viejo me miraran.

Dije que sí. Saludé con un gesto al gordo, que asintió desde la pileta, y salimos. Afuera volví a sentir el frío. Le pregunté si podía alcanzarlo a algún lugar.

—No. Le agradezco —dijo.

—¿Quiere un cigarrillo?

Se detuvo. Saqué un cigarrillo y se lo pasé. Busqué en mi abrigo el encendedor. El fuego le iluminó las manos. Eran oscuras, gruesas y rígidas como garrotes. Pensé que las uñas podrían haber sido las de un ser humano prehistórico. Me devolvió el encendedor, y caminó hacia el campo. Lo vi alejarse sin entender del todo.

—Pero ¿adónde va? —pregunté—. ¿Seguro no quiere que lo alcance?

Se detuvo.

—¿Vive acá?

—Trabajo —dijo—, más allá —señaló campo adentro.

—¿Qué hace?

Dudó unos segundos, miró el campo, y después dijo:

—Somos mineros.

De pronto ya no sentía frío. Me quedé unos minutos para verlo alejarse. Forcé la vista deseando encontrar algún detalle revelador. Sólo cuando su figura se perdió del todo en la noche, regresé al coche, prendí la radio, y me alejé a toda velocidad.

Última vuelta

JULIA ME SONRÍE desde el otro caballo. Cuando el animal sube, las luces le iluminan el pelo; cuando baja, ella se toma del mástil y se arquea hacia atrás. Nos gusta subir descalzas, empujar los estribos de los caballos con los dedos de los pies, como indias. Pero hoy tenemos puestos zapatos, porque después de esta última vuelta vamos a ir con mamá a casa de los abuelos. Julia estira su mano, yo estiro la mía y alcanzamos a tocarnos. Jugamos a estirarnos lo más que podemos, a besar en equilibrio el anillo de la otra. Cada anillo tiene medio rubí brillante. Cuando juntamos las dos partes imaginamos un destello, y la luz es tan fuerte que nos tira hacia atrás. Ahora en la calesita, señalo el horizonte y digo: ya pronto llegaremos. Julia asiente con valentía. Busco a mamá está entre la gente que espera en el banco, pero no la veo. Me abrazo a la crin de mi caballo. Julia me imita y esperamos a que mamá aparezca para saludarla. Pero damos otra vuelta y mamá sigue sin aparecer. Dos hermanos nos miran desde uno de los bancos. Hay más gente también, otros chicos con sus padres esperando el turno en la boletería. Cuando completamos la vuelta el menor de los hermanos nos señala. Están sentados junto a una mujer muy vieja, que también nos mira. Tiene un chal plateado, el pelo blanco y la piel oscura; parece cansada. Me quedo mirándola porque ella me mira de una forma extraña. Dónde está mamá, dice Julia. Busco a mamá. El boletero que sacude la llave no es el hombre de siempre. La calesita se detiene, tenemos que bajar. Los hermanos dejan su banco y se acercan sin dejar de mirar nuestros caballos. De todos los que hay, ellos quieren éstos, y vamos a tener que dárselos. Julia me mira. Ahora es ella la que señala el horizonte y dice: no llegaremos.

Lo dice en serio, aferrada a su caballo sin dejar de mirar a los chicos que ya suben. Me doy cuenta de que algo le pasa, está por llorar. Hay que bajar, digo. Los hermanos se trepan. El mayor se acerca y le da dos palmadas al morro de mi caballo. Veo a Julia dejar el suyo. Está colorada y tiene los cachetes inflados, como antes de empezar a llorar. El hermano menor ocupa su lugar. Acaricio la crin de mi caballo, su piel cálida y fuerte, y apenas alcanzo a bajar cuando siento al chico tomar con fuerza la montura y subirse. Lo taconea y le grita. La calesita empieza a moverse y descubro que Julia no está junto a su caballo, ni cerca de mí. El boletero toca el silbato y me indica que baje, que mi vuelta se acabó, pero no encuentro a Julia ni tampoco a mamá. La abuela de los hermanos camina hacia mí y me hace un gesto para ayudarme a saltar. Sus manos me dan miedo. Pero ella insiste y me toca. Es tan flaca que es como si le sintiera los huesos. Me tiro y tropezamos. Caigo al piso de tierra y creo que la abuela cae conmigo. Trato de levantarme pero no puedo. Me duele mucho el cuerpo, todo el cuerpo. Siento frío y con esfuerzo apenas logro girar para volverme hacia la calesita. Entonces los hermanos aparecen por la derecha, erguidos sobre los caballos como dos soldados. Cuando el mayor me ve me señala asustado y enseguida empiezan a bajar. Parecen hermosos caballeros, saltando sin miedo hacia mí. Algunos padres se acercan y me ayudan a incorporarme. Entre varios me acompañan hasta un banco. El mayor de los hermanos me acaricia el pelo y me acomoda sobre los hombros un chal, el menor se sienta a mi lado y me mira asustado. Descubro el anillo, medio rubí brillante sobre mi piel vieja y oscura, y me quedo así, inmóvil, los dedos sobre los huesos de las rodillas. Tras los corceles vacíos, las luces iluminan los dibujos del centro de la calesita: las praderas verdes e infinitas del horizonte. Ya pronto llegaremos.

Perdiendo velocidad

TEGO SE HIZO unos huevos revueltos, pero cuando finalmente se sentó a la mesa y miró el plato, descubrió que era incapaz de comérselos.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Tardó en sacar la vista de los huevos.

—Estoy preocupado —dijo—, creo que estoy perdiendo velocidad.

Movió el brazo a un lado y al otro, de una forma lenta y exasperante, supongo que a propósito, y se quedó mirándome, como esperando mi veredicto.

—No tengo la menor idea de qué estás hablando —dije—, todavía estoy demasiado dormido.

—¿No viste lo que tardo en atender el teléfono? En ir hasta la puerta, en tomar un vaso de agua, en cepillarme los dientes… Es un calvario.

Hubo un tiempo en que Tego volaba a cuarenta kilómetros por hora. El circo era el cielo; yo arrastraba el cañón hasta el centro de la pista. Las luces ocultaban al público, pero oíamos el clamor. Las cortinas aterciopeladas se abrían y Tego aparecía con su casco plateado. Levantaba los brazos para recibir los aplausos. Su traje rojo brillaba sobre la arena. Yo me encargaba de la pólvora mientras él trepaba y metía su cuerpo delgado en el cañón. Los tambores de la orquesta pedían silencio y todo quedaba en mis manos. Lo único que se oía entonces eran los paquetes de pochoclo y alguna tos nerviosa. Sacaba de mis bolsillos los fósforos. Los llevaba en una caja de plata, que todavía conservo. Una caja pequeña pero tan brillante que podía verse desde el último escalón

de las gradas. La abría, sacaba un fósforo y lo apoyaba en la lija de la base de la caja. En ese momento todas las miradas estaban en mí. Con un movimiento rápido surgía el fuego. Encendía la soga. El sonido de las chispas se expandía hacia todos lados. Yo daba algunos pasos actorales hacia atrás, dando a entender que algo terrible pasaría —el público atento a la mecha que se consumía—, y de pronto: Bum. Y Tego, una flecha roja y brillante, salía disparado a toda velocidad.

Tego hizo a un lado los huevos y se levantó con esfuerzo de la silla. Estaba gordo, y estaba viejo. Respiraba con un ronquido pesado, porque la columna le apretaba no sé qué cosa de los pulmones, y se movía por la cocina usando las sillas y la mesada para ayudarse, parando a cada rato para pensar, o para descansar. A veces simplemente suspiraba y seguía. Caminó en silencio hasta el umbral de la cocina y se detuvo.

—Yo sí creo que estoy perdiendo velocidad —dijo.

Miró los huevos.

—Creo que me estoy por morir.

Arrimé el plato a mi lado de la mesa, nomás para hacerlo rabiar.

—Eso pasa cuando uno deja de hacer bien lo que uno mejor sabe hacer —dijo—. Eso estuve pensando, que uno se muere.

Probé los huevos pero ya estaban fríos. Fue la última conversación que tuvimos, después de eso dio tres pasos torpes hacia el *living,* y cayó muerto en el piso.

Una periodista de un diario local viene a entrevistarme unos días después. Le firmo una fotografía para la nota, en la que estamos con Tego junto al cañón, él con el casco y su traje rojo, yo de azul, con la caja de fósforos en la mano. La chica queda encantada. Quiere saber más sobre Tego, me pregunta si hay algo especial que yo quiera decir sobre su muerte, pero ya no tengo ganas de seguir hablando de eso, y no se me ocurre nada. Como no se va, le ofrezco algo de tomar.

—¿Café? —pregunto.

—¡Claro! —dice ella. Parece estar dispuesta a escucharme una eternidad. Pero raspo un fósforo contra mi caja de plata, para encender el fuego, varias veces, y nada sucede.

Hasta encontrar a Harry

OBSERVÉ A GRISELDA, pálida y gorda, y supe que ella también tenía miedo. Estábamos sentados ante la mesita de mármol, uno frente al otro. No hablábamos. O hablábamos, sí, pero de otras cosas. Cómo habíamos llegado a eso era algo que no podía dejar de preguntarme. Miré hacia los jazmines; tras ellos se extendía el césped del parque principal. A lo lejos, anaranjada por la luz del atardecer, la casa; y más cerca, la figura corpulenta del criado que avanzaba hacia nosotros. Con un gesto le avisé a Griselda que él se acercaba (era la casa de siempre, los jardines en los que habíamos visto crecer a Harry, nuestro hijo, pero algo había cambiado y estábamos solos: Harry se había marchado y el servicio se había reducido a ese único criado que se acercaba ahora hacia nosotros); ya no podíamos sentir otra cosa más que miedo.

—El té —dijo.

Sabíamos exactamente qué sucedería. Pasaría un trapo sobre la mesa. Dejaría la tetera, las tazas, el azúcar, la bandeja con las masas y algunas rodajas de limón. Y lo haría todo deliberadamente despacio, aprovechando cada movimiento para estudiarnos. Comprobaría con satisfacción —en los temblores de nuestros cuerpos, en la creciente palidez, en la debilidad de nuestro espíritu —, cómo su plan se iba cumpliendo poco a poco.

—Las pastillas —dijo, y la mancha que tenía a un lado de la boca se abrió y se cerró con el movimiento de los labios. Saqué de mi bolsillo el pastillero que él había colocado ahí esa mañana y lo abrí sobre la mesa. Aparté dos amarillas, dos blancas, cuatro de las pequeñas, y las dividí equitativamente entregándole la mitad a Griselda. Dejó frente a cada uno un vaso de agua. Y esperó. Nos

miramos: sabíamos qué hacer y lo hicimos lo más rápido posible. Sólo entonces levantó los vasos y se retiró.

Desperté en la noche, solo en mi cama. Dormíamos separados. Así lo sugirió el médico, decía él. Como si no supiéramos nosotros quién disponía las cosas. Sabíamos que nuestro hijo llamaba, eso sí lo sabíamos. Oíamos en la noche el timbre del teléfono. Sé que era él, me decía Griselda al día siguiente, era nuestro pequeño Harry. Pediría hablar con nosotros, pero la perversa amabilidad del criado encontraría siempre una razón para impedirlo. Porque estábamos durmiendo, porque estábamos cansados, porque ese día, lo escuché decir una vez, nos había notado nerviosos. Y si esa noche yo me había despertado era porque había vuelto a oír el teléfono. Vi a Griselda acercarse.

—Abel...

—Griselda...

Quedaba amor entre nosotros, a pesar de todo. Momentos como ese me lo recordaban. Ella subió con esfuerzo a la cama y se sentó a mi lado. Lloraba.

—Era Harry —dijo—, sé que era Harry. ¿Por qué no podemos hablar con él?

La abracé. Escuchamos pasos en el pasillo. Un temblor recorrió el cuerpo de Griselda; el criado se acercaba. No debíamos movernos, lo detectaba todo: una pastilla al caer al piso, un limón que no fue exprimido completamente sobre el té de la tarde, el ritmo acelerado de nuestras respiraciones. Parecía saber, aun antes de entrar al cuarto, no sólo si estábamos o no en él, sino la posición en la que nos encontraría y el pensamiento exacto que acompañaba esa acción. Quizá por eso se detuvo esa noche frente a mi habitación; pero no entró. Me bastó ver la sombra de sus zapatos bajo la puerta cerrada para entender que habría represalia y sería la peor: los ojos de Griselda lo confirmaban. Sólo había una salida: implicaba inteligencia, decisión, logística, tres condiciones, dijo Griselda después, que hacía tiempo habíamos olvidado. Podíamos, debíamos, se corrigió, ya de pie frente a mí, actuar nosotros antes que él. Era la única opción, y por lo tanto debía ser una decisión conjunta y definitiva. No cabía el fracaso: recuperaríamos nuestra libertad, encontraríamos a nuestro hijo, era todo lo que necesitábamos y lucharíamos por eso como se lucha en la guerra.

Algo de color había vuelto a sus mejillas. Me besó.

A media noche, en pijama, descalzos y sin ir por las batas para no despertarlo, bajamos hasta el primer piso tomados de la mano, esquivando de sombra en sombra la luz nocturna de las ventanas. Aun antes de llegar ya podíamos escuchar su respiración, era profunda. No había duda: dormía. Cada tanto un ronquido fuerte interrumpía el silencio. Griselda se detenía y yo me detenía tras ella, hasta que la respiración volvía a comenzar. La puerta del cuarto estaba entreabierta. Descansaba boca arriba, los brazos extendidos al costado del cuerpo. Aunque respiraba por la nariz, de a ratos la boca abría apenas la mancha que luego volvía a cerrarse. Era una mancha oscura y aterciopelada, como un lunar gigantesco, o una verruga. Siempre había estado así, a un costado de su boca, quizá como un augurio de nuestro destino. Sobre la mesa de luz, un portarretrato con nuestra fotografía no consiguió engañarnos. Griselda me hizo una seña y se alejó algunos pasos de la habitación.

—Lo matamos cuando esté despierto —me dijo al oído—, dormido no puedo.

Me dio instrucciones. Asentí y fui por el martillo. Un rato más tarde estábamos listos. Cada uno en su silla, apenas a un metro de su cama, esperábamos atentos, los ojos bien abiertos. Sólo me tranquilizaba la firmeza con la que Griselda sostenía el martillo. Los dedos aferrados al mango, algunas gotas de sudor resbalando por la frente. Movió los labios sin decir una palabra, pero años de amor en el silencio me habían preparado para entender ese idioma:

—Pensá en Harry —habían dicho sus labios, y entendí de dónde sacaba las fuerzas.

Esperábamos el primer movimiento. El primer signo de lucidez del criado para martillarle la cabeza. Porque «si está dormido no puedo», repitió Griselda una o dos veces más. «Dormido no puedo». Hasta que nos quedamos dormidos.

Cuando desperté, el criado ya no estaba. Griselda cabeceaba golpeándose a veces contra el respaldo de la silla. Sus manos ya no tenían el martillo. Lo busqué junto a la silla, bajo la cama, y al fin lo vi a unos metros, sobre la mesa. Habíamos fallado. Abajo sonó la campana del comedor. Griselda se despertó con un sobresalto y enseguida se dio cuenta de que no tenía el martillo.

—Ese hijo de puta —dijo; tenía los ojos rojos.

—Sobre la mesa —dije, y lo señalé.

Lo levantó furiosa y me hizo un gesto para que la siguiera. Pensé que haríamos una parada para dejarlo en el cuarto, pero bajamos directamente al comedor y nos sentamos frente al desayuno servido: las pastillas ya dispuestas junto a cada vaso, el té servido. Griselda apoyó el martillo en el suelo, junto a la silla. Los ojos atentos a la puerta por la que de un momento a otro entraría el criado. Al fin apareció con una bandeja de tostadas (cómo hacía para mantener nuestros cuerpos débiles sin dejar de alimentarnos era otro de sus grandes secretos). Griselda bajó la mano y se aferró al martillo. Pero él se movía con agilidad y ella parecía no encontrar el momento. No hay modo de alcanzarlo, me decían los ojos de Griselda, pero sabe que se encuentra en peligro y está asustado. Sonreía confiada, hacía años que no sonreía de ese modo.

No un martillo, me dijo Griselda esa noche, otra vez en mi cama, lo que necesitamos es un hacha. Volvimos al primer piso para comprobar que estaba dormido y después bajamos al sótano. Yo sabía dónde estaba el hacha, pero no lográbamos localizar el interruptor y en la oscuridad no podía encontrarla. Debe estar a la derecha, me indicó Griselda; avancé a tientas hasta que choqué contra un mueble y algunas herramientas cayeron al piso. Griselda gritó.

—Fui yo, Griselda...

No contestó. La estaba buscando cuando todo se iluminó. La vi a unos metros de distancia, pálida de miedo, mirando absorta hacia las escaleras. El criado sin duda había encontrado el interruptor y nos miraba ahora desde la puerta, con nuestras batas colgando del brazo. Lleva algo, me dijo por lo bajo Griselda, lleva algo bajo las batas y nos va a matar. Él empezó a bajar las escaleras, hacia nosotros. El hacha, el hacha, repetía ahora la boca muda de Griselda. La busqué: estaba a pocos metros, colgada en la pared. Corrí, tomé el hacha y volví para alcanzársela a Griselda. Entonces miré al criado y supe que ella tenía razón: ya casi sobre nosotros, empezaba a tomar una de las batas y pronto sabríamos qué escondía. Con un único y rápido movimiento, Griselda me quitó el hacha de las manos. Pensé que le costaría levantarla, pero el hacha trazó un rápido dibujo en el aire y se clavó seca sobre el pecho del criado, que cayó al piso con el mismo impulso. Ella no perdió

tiempo, se montó sobre él y repitió el golpe. Él apenas movió las piernas. Antes de cerrar los ojos, quiso decir algo, pero no pudo.

Agarramos las batas para no tomar frío y salimos al jardín. Hacía muchos años que ya no estaba el chofer, pero encontramos en el establo la camioneta del criado y enseguida me las ingenié para encenderla. Miré a Griselda. Algunas lágrimas bajaban lavándole las mejillas. Parece una mujer fuerte, pero la verdad es que llora con facilidad.

—Va a salir todo bien, Griseldita —dije, limpiándole la cara con una caricia.

—Vamos —dijo ella—, quiero ver a Harry.

Salimos a la ruta. El cielo estaba claro, pronto iba a amanecer. Me sentía bien: la ruta, la aventura, la perspectiva de volver a ver a Harry me devolvían las energías perdidas. ¿Cómo habíamos podido esperar tanto tiempo? Griselda señaló en el horizonte una línea de pájaros oscuros, suspiró. Era prudente desayunar, juntar fuerzas para el nuevo día, dijo, y ya faltaban pocos kilómetros para llegar al pueblo.

Junto a la vieja estación de servicio habían construido una cafetería y un almacén. Aunque las luces estaban encendidas tuvimos que tocar varias veces la bocina para que alguien se acercara a atendernos. Un solo empleado estaba a cargo del lugar. Cargamos nafta y limpiamos los vidrios. Después entramos al parador, el hombre nos siguió detrás, medio dormido. Buscamos unas galletas que no pudimos encontrar. A Griselda le angustiaba el hecho de que quizá sí estuvieran ahí pero nosotros fuéramos incapaces de encontrarlas, y el hombre, que bostezaba desde el mostrador, no tuvo la amabilidad de acercarse a ayudarnos. Por fin nos decidimos a pedir algo de comer. Estudiamos el menú desde el mostrador: había mucha variedad pero no encontrábamos nada parecido a lo que estábamos acostumbrados. Pedimos huevos con panceta y dos tazones de café. Sabíamos que el criado habría reprobado la elección, lo que no podíamos imaginar era que el teléfono sonaría apenas termináramos de hacer el pedido. El hombre atendió, escuchó cuidadosamente sin dejar de mirarnos; al cortar, dijo que ya no había panceta, y esperó nervioso, los ojos fijos en el tubo, a que hiciéramos una nueva elección. ¿Era el criado el que llamaba? Imposible. Había algo más. Entonces el teléfono

volvió a sonar y Griselda, como siempre, reaccionó con rapidez. Sólo yo hubiera caído fácilmente en la trampa:

—No atienda —dijo ella.

El hombre la miró. Levantó la mano, despacio, y la llevó hacia el tubo. Iba a atender. Iba a hacerlo de un momento a otro. No vi cómo se las arregló Griselda porque la imagen de esos dedos, ya a punto de tocar el aparato, me paralizaron por completo. Pero ella no tardó en encontrar algo con qué partirle la cabeza. El hombre cayó al piso y hubo que darle más golpes, ella con un sifón, yo ayudándola con el tubo del teléfono, hasta que dejó de moverse. Lo arrastramos al almacén y lo encerramos en un placar con las escobas y los baldes. No podíamos correr más riesgos; el teléfono volvería a llamar. Antes de salir, Griselda le acomodó las solapas. La dignidad, dijo, la merecen hasta los cómplices.

Afuera preguntamos por Harry, pero la gente parecía no querer colaborar. Simulaban no reconocernos ni haber visto a un hombre como el que describíamos. No lo conozco, no sé a quién se refiere, no conozco a ningún Harry. Poco a poco, frente a las negativas, fuimos confirmando nuestra sospecha. Alguien, por encima de todos, incluso por encima del criado, disponía a su antojo de nuestro destino. Y sin Harry, sin la única persona en la que podíamos confiar, permanecer en la calle era una exposición inútil. Caminamos rápido hasta donde había quedado la camioneta, y emprendimos el regreso a la casa.

En silencio, bajamos del coche, entramos, y nos dejamos caer en un sillón; juntos, tristes, tomados de la mano. Miré a Griselda. Vigilaba el jardín delantero, en dirección al pueblo, y respiraba de un modo extraño, lento y ronco. Por fin se incorporó y dejó la sala. Pensé en seguirla pero sentí en el cuerpo el cansancio de toda la jornada. Ella encendió las luces de la cocina. La escuché revolver cajones y alacenas, apoyar cosas sobre la mesada; después, todo volvió a quedar en silencio. Esperé unos segundos. Entonces me incorporé y fui hasta la cocina. Encontré a Griselda inmóvil, mirando fascinada una de las fotografías que colgaban de la pared. Una vez más me enseñaba de dónde sacar las fuerzas. Guardó en un bolso los cuchillos y el palo de amasar que había apartado sobre la mesada y me invitó a seguirla. Volveríamos a salir y encontraríamos a Harry. Pasaríamos por sobre quien tuviéramos que pasar.

Cada tanto, vuelve a mi memoria la imagen de esa fotografía. Estábamos los tres de pie frente a la casa. Ella y yo nos veíamos más jóvenes. Griselda me miraba alegre, tenía color en las mejillas; yo estaba en el medio, abrazando a Harry que era apenas un muchacho: sonreía, y su mancha oscura, al costado de la boca, le agrandaba la sonrisa. Parecíamos muy felices.

La furia de las pestes

GISMONDI SE EXTRAÑÓ de que los chicos y los perros no corrieran hacia él para recibirlo. Intranquilo, miró hacia el llano donde, ya mínimo, se alejaba el coche que regresaría por él al otro día. Llevaba años visitando sitios de frontera, comunidades pobres que sumaba al registro poblacional y a las que retribuía con alimentos. Pero por primera vez, frente a ese pequeño pueblo que se hundía en el valle, Gismondi percibió una quietud absoluta. Vio las casas, pocas. Tres o cuatro figuras inmóviles y algunos perros echados sobre la tierra. Avanzó bajo el sol de mediodía. Cargaba en sus hombros dos grandes bolsos que, al resbalarse, le lastimaban los brazos y lo obligaban a detenerse. Un perro levantó la cabeza para verlo llegar, sin levantarse del piso. Las construcciones, una extraña mezcla de barro, piedra y chapa, se sucedían sin orden alguno, dejando hacia el centro una calle vacía. Parecía deshabitada, pero podía adivinar a los pobladores detrás de las ventanas y las puertas. No se movían, no lo espiaban, pero estaban ahí y Gismondi vio, junto a una puerta, a un hombre sentado; apoyada en una columna, la espalda de un niño; la cola de un perro saliendo del interior de una casa. Mareado por el calor, dejó caer los bolsos y se limpió con la mano el sudor de la frente. Contempló construcciones. No había nadie con quien hablar, así que eligió una casa sin puerta y pidió permiso antes de asomarse. Adentro, un hombre viejo miraba el cielo a través de un agujero en el techo de chapa.

—Disculpe —dijo Gismondi.

Al otro lado de la habitación, dos mujeres estaban enfrentadas ante una mesa y, más atrás, sobre un catre viejo, dos chicos y un perro dormitaban apoyados unos en otros.

—Disculpe… —repitió.

El hombre no se movió. Cuando Gismondi se acostumbró a la oscuridad, descubrió que una de las mujeres, la más joven, lo miraba.

—Buenos días —dijo, recuperando el ánimo—, trabajo para el gobierno y… ¿Con quién tengo que hablar? —Gismondi se inclinó levemente hacia delante.

La mujer no contestó, su expresión era indiferente. Gismondi se sujetó a la pared que enmarcaba la puerta; se sentía mareado.

—Debe de haber alguien… Un referente. ¿Sabe con quién tengo que hablar?

—¿Hablar? —dijo la mujer con una voz seca, cansada.

Gismondi no contestó; temía descubrir que ella nunca había pronunciado una palabra y que el calor del mediodía lo afectaba. La mujer pareció perder el interés y dejó de mirarlo. Gismondi pensó que podía estimar la población y completar el registro a su criterio, ningún agente se tomaría la molestia de corroborar los datos en un sitio como ese; pero, de cualquier manera, el coche que pasaría por él no iba a regresar hasta el día siguiente. Se acercó a los chicos, al menos podría hacerlos hablar a ellos. El perro, que descansaba el morro sobre la pierna de uno de ellos, ni siquiera se movió. Gismondi saludó. Sólo uno de los chicos, lento, lo miró a los ojos e hizo un gesto mínimo con los labios, casi una sonrisa. Sus pies colgaban del catre descalzos pero limpios, como si nunca hubiesen tocado el suelo. Gismondi se agachó y rozó con su mano uno de los pies. No supo qué lo llevó a hacer eso, quizá sólo necesitaba saber que el chico era capaz de moverse, que estaba vivo. El chico lo miró asustado. Gismondi se incorporó. También él, de pie en medio de la habitación, miró al chico con miedo. Pero no era ese rostro lo que temía, ni el silencio, ni la quietud. Recorrió con la mirada el polvo de las repisas y las mesadas vacías hasta detenerse en el único recipiente que había a la vista. Lo tomó y vació el contenido sobre la mesa. Permaneció absorto unos segundos. Después, acarició el polvo desparramado sin entender lo que estaba viendo. Revisó los cajones y los estantes. Abrió latas, cajas, botellas. No había nada. Nada para comer ni para beber. Ni mantas, ni herramientas, ni ropa. Sólo algún utensilio inútil. Vestigios de jarros que alguna vez habrían contenido algo. Sin mirar a los chicos, como si hablara sólo

para él, preguntó si tenían hambre. Nadie contestó.

—¿Sed? —Un escalofrío le hizo temblar la voz.

Lo miraban extrañados, como si no alcanzaran a entender el significado de esas palabras. Gismondi abandonó la habitación, salió a la calle, corrió hasta los bolsos y cargó con ellos de regreso. Se detuvo frente a los chicos, agitado. Vació la carga sobre la mesa. Tomó una bolsa al azar, la abrió con los dientes y dejó caer un puñado de azúcar sobre su palma. Los chicos miraron cómo se agachaba junto a ellos y les ofrecía algo de su mano. Pero ninguno pareció entender. Fue entonces que Gismondi sintió una presencia; percibió, quizá por primera vez en el valle, la brisa de un movimiento. Se incorporó y miró hacia los lados. Algo de azúcar cayó al piso. La mujer estaba de pie y lo observaba desde el umbral de la puerta. No era la mirada que había mantenido hasta entonces, no miraba una escena ni un paisaje, lo miraba a él.

—¿Qué quiere? —dijo.

Era, como las demás, una voz somnolienta, pero estaba cargada de una autoridad que lo sorprendió. Uno de los chicos había abandonado la cama y ahora contemplaba la mano repleta de azúcar. La mujer miró los paquetes desparramados y se volvió con furia hacia él. El perro se incorporó y rodeó intranquilo la mesa. Por las puertas y por las ventanas comenzaban a asomarse hombres y mujeres, cabezas que se asomaban tras cabezas, un tumulto que crecía. Otros perros se acercaron. Gismondi miró el azúcar en su mano. Esta vez, al fin, todos concentraban su atención en él. Apenas vio al chico, su mano pequeña, los dedos húmedos acariciar el azúcar, los ojos fascinados, cierto movimiento de los labios que parecían recordar el sabor dulce. Cuando el chico se llevó los dedos a la boca, todos se paralizaron. Gismondi retrajo la mano. Vio en los que lo miraban una expresión que, al principio, no alcanzó a entender. Entonces sintió, profunda en el estómago, la herida tajante. Cayó de rodillas. Había dejado que se desparramara el azúcar, y el recuerdo del hambre crecía sobre el valle con la furia de las pestes.

Cabezas contra el asfalto

SI GOLPEÁS MUCHO la cabeza de alguien contra el asfalto —aunque sea para hacerlo entrar en razón—, es probable que termines lastimándolo. Esto es algo que mi madre me explicó desde el principio, el día que golpeé la cabeza de Fredo contra el piso del patio del colegio. Yo no era violento, quiero aclarar esto. Sólo hablaba si era estrictamente necesario, no tenía amigos ni enemigos, y lo único que hacía en los recreos era esperar solo en el aula, alejado del ruido del patio, hasta que la clase volviera a empezar. Esperaba dibujando. Eso apuraba el tiempo y me apartaba del mundo. Dibujaba cajas cerradas y peces con forma de rompecabezas que encastraban entre sí. Fredo era el capitán del equipo de fútbol y hacía con los demás lo que quería. Como esa vez que a Viviana se le había muerto el tío y le hizo creer que había sido él. Eso no está bien, pero yo no me meto en problemas ajenos. Un día, durante un recreo, Fredo entró en el aula, me sacó el dibujo en el que estaba trabajando y se fue corriendo. Lo corrí hasta el patio. El dibujo eran dos peces rompecabezas, cada uno en una caja, y ambas cajas dentro de otra caja. Saqué eso de cajas dentro de cajas de un pintor que le gustaba a mamá, y todas las maestras estaban encantadas y decían que era *un recurso muy poético*. En el patio Fredo cortaba el dibujo por la mitad, y las mitades en mitades, y así, mientras su grupo lo rodeaba y se reía. Cuando ya no pudo cortar pedazos más chicos tiró todo por el aire. Lo primero que sentí fue tristeza. No es un decir, siempre pienso en cómo siento las cosas en el momento en que me pasan, y quizá sea eso lo que me haga más lento, o más distraído que el resto. Después mi cuerpo se endureció, cerré los puños y sentí cómo la temperatura se elevaba.

Me tiré sobre Fredo al piso, lo agarré de los pelos y empecé a darle la cabeza contra el suelo. La maestra gritó y un profesor vino a separarnos. Pero no pasó gran cosa después de eso. Mi mamá me dijo esa tarde que podría haberle hecho mucho daño a Fredo, y eso fue todo.

En el secundario volví a hacerlo. Yo seguía dibujando, y nadie tocaba mis dibujos porque sabían que yo creía en el bien y el mal, y me molestaba todo lo relacionado con lo segundo. Al fin y al cabo, la pelea con Fredo me había dado en el grupo un aire de respeto, y ya no se metían conmigo. Pero ese año un chico nuevo que se creía muy vivo se enteró de que Viviana se había indispuesto por primera vez el día anterior. Y aprovechando que yo ya no siempre me quedaba en el aula, le llenó la cartuchera de témpera roja. Cuando Viviana buscó un lápiz se le mancharon los dedos y la ropa. Y el chico, parado sobre su banco, empezó a gritar que Viviana ya era una puta, que Viviana era una puta como todas. Viviana no me gustaba, pero al chico le di la cabeza contra el piso hasta que le empezó a sangrar. El profesor tuvo que pedir ayuda para separarnos. Mientras nos sostenían para que no volviéramos a agarrarnos le pregunté si ahora el cerebro no le drenaba mejor. Me pareció una frase genial, pero nadie se rio. Me llenaron el boletín de amonestaciones y me suspendieron por dos días. Mamá también estaba enojada conmigo, pero la oí decir por teléfono que *su hijo no estaba acostumbrado a la intolerancia, y que todo lo que yo había querido hacer era proteger a esa pobre chica*.

Desde entonces Viviana hacía todo lo posible por ser mi amiga. Me fastidiaba terriblemente. Se sentaba lo más cerca que podía, y se daba vuelta a cada rato para mirarme. A veces sonreía o me saludaba con la mano. Me escribía cartas sobre la amistad y el amor y las escondía entre mis cosas. Yo seguía dibujando. Mi mamá me había anotado en el taller de dibujo y pintura del colegio, que era todos los viernes. Usábamos hojas A3, casi el cuádruple más grandes a las que yo estaba acostumbrado. También témperas y pinceles. La profesora mostraba a la clase mis trabajos para explicar por qué yo *era genial, cómo lo lograba, y qué es lo que quería comunicar con cada pincelada*. En el taller aprendí a hacer todas las extremidades de rompecabezas en 3D, a pintar fondos esfuminados que, *contra el realismo de un horizonte, dan idea de*

abstracción, y a pasarle *spray* a los mejores trabajos para que se conservaran bien y no perdieran *la intensidad de los colores*.

Lo más importante para mí era pintar. Había otras cosas que me gustaban, como mirar televisión, no hacer nada y dormir. Pero pintar era lo mejor. En tercer año se organizó un concurso de pintura para exponer en el *hall*. El jurado eran la profesora de dibujo, la directora y su secretaria. Las tres eligieron *por unanimidad mi obra más representativa* y colgaron el cuadro en el *hall* de entrada del colegio. Entonces Viviana empezó a decir que yo estaba enamorado de ella, desde siempre. Que ella era el pez rojo y yo el azul. Que las fichas de rompecabezas de un pez encastraban en el otro porque éramos así, el uno para el otro. Durante un recreo descubrí que en el cuadro, colgado en el *hall,* alguien había escrito nuestros nombres sobre cada pez. Volví al aula y encontré en el pizarrón un corazón gigante atravesado por una flecha con nuestros dos nombres. Era la misma letra que la del cuadro. Nadie se animó a reírse, pero todos lo habían visto y se miraban entre sí. Viviana me sonrió, colorada, y siguió escribiendo algún otro estúpido corazón en su cuaderno. Sentí que tenía ganas de golpearla, lo sentí otra vez, como cuando pasó lo de Fredo y lo del chico de segundo. Me di cuenta de que antes de la furia podía ver la imagen de la cabeza golpeándose, el cuero cabelludo estrellarse una y otra vez contra las irregularidades del piso, la cabeza perforada, la sangre espesando los pelos. Sentí mi cuerpo abalanzarse sobre ella, y un segundo después, contenerse. Fue como una iluminación, y entonces supe exactamente qué hacer. Corrí hasta el taller de dibujo y pintura que estaba en el segundo piso, algunos chicos me siguieron —Viviana entre ellos—, abrí la puerta, saqué de los armarios las hojas y las témperas, y lo dibujé. Un primerísimo primer plano. Apenas el ojo espantado de Viviana, su frente con granos transpirados, el piso áspero debajo, los dedos fuertes de mi mano enredados en sus pelos, y después, puro, el rojo, manchándolo todo.

Si me preguntan qué aprendí en el colegio, sólo puedo responder que a pintar. Todo lo demás, vino como se fue, no queda nada. Tampoco estudié después del secundario. Pinto cuadros de cabezas golpeando contra el piso, y la gente me paga fortunas. Vivo en un *loft* en Micro Centro. Arriba tengo el cuarto y el baño, abajo la

cocina y todo el resto es estudio. Algunos ricos me piden retratos de sus propias cabezas. Les gustan los lienzos gigantes y cuadrados, los hago de hasta dos metros por dos metros. Me pagan lo que pida. Veo después los cuadros colgados en sus *livings* enormes y me impresiona lo buenos que son. Creo que esos tipos se merecen verse a sí mismos estampados contra el piso por mi mano, y ellos parecen muy conformes cuando se paran frente a los cuadros y asienten en silencio.

No me gusta tener novias. Salí con algunas chicas pero nunca funcionó. Tarde o temprano empiezan a reclamarme más tiempo o a pedirme que diga cosas que en realidad no siento. Una vez probé decir lo que sentía y fue peor. Otra vez, una con la que había salido como seis veces y ya decía que era mi novia, se volvió completamente loca sin que yo dijera nada. Decidió que no la amaba, que nunca iba a amarla, me obligó a agarrarla de los pelos y empezó a darse sola la cabeza contra la pared, mientras gritaba como una fiera *quiero que me mates, quiero que me mates*. Pienso que relaciones así no son sanas. Mi representante, que es el tipo que se encarga de poner mis cuadros en las galerías y decidir qué precio tiene cada cosa que hago, dice que el tema de las mujeres no me conviene. Dice que la energía masculina es superior, porque no se dispersa y es *monotemática*. Monotemática es que sólo piensa en una cosa, pero nunca dice en cuál. Dice que las mujeres son buenas al principio, *cuando están bien buenas,* y buenas al final, *que vio morir a su padre en brazos de su madre,* y quiere morirse de la misma manera. *Pero todo lo que está en el medio es un infierno*. Dice que ahora tengo que concentrarme en lo que yo sé hacer. Es calvo y gordo, y no importa lo que pase, siempre está aspirando con la nariz. Se llama Aníbal y antes fue pintor, pero nunca quiere hablar de eso. Como vivo encerrado, y él mismo persuade a mi mamá de que no me moleste, suele pasar al mediodía a dejarme comida y darle un vistazo a lo que estoy trabajando. Se para frente a los cuadros, con los pulgares colgando de los bolsillos delanteros de los jeans, y dice siempre las mismas cosas: *más rojo, necesita más rojo*. O: *más grande, tengo que verlo desde la otra esquina*. Y casi siempre, antes de irse: *Sos un genio. Un-ge-nio*. Cuando no me siento bien, porque estoy triste o cansado, me miro en el espejo del

baño, cuelgo los pulgares de mis *jeans* y me digo: *sos un genio, un-ge-nio*. A veces funciona.

Siempre tuve un terrible agujero entre las dos últimas muelas derechas, en el *maxilar superior,* y empezó a metérseme ahí cualquier cosa que comiera, así que me agarré una caries insoportable. Aníbal dijo que no podía ir a cualquier dentista, porque después de las mujeres, los dentistas eran lo peor. Trajo una tarjeta y dijo: *es coreano, pero es bueno*. Me pidió una cita para esa misma tarde. John Sohn parecía joven, pensé que podría tener mi edad, aunque calcularle la edad a los coreanos es algo difícil. Me puso algo de anestesia, perforó dos dientes y tapó con pasta los agujeros que había hecho. Todo con una sonrisa y sin hacerme doler en ningún momento. Me cayó bien, así que le conté que pintaba cabezas contra el asfalto. John Sohn hizo un momento de silencio, que resultó ser como un momento de iluminación y dijo *es justo lo que estoy buscando*. Me invitó a cenar a uno de esos restaurantes coreanos de verdad. Quiero decir, no de los turísticos, sino de esos en los que se entra por una pequeña puerta en la que aparentemente no hay nada, y dentro hay un tremendo mundo coreano. Mesas grandes y redondas —aunque sólo se sienten dos personas—, el menú en coreano, todos los mozos coreanos y todos los clientes coreanos. John Sohn eligió para mí un plato tradicional y le dio al mozo instrucciones precisas acerca de cómo prepararlo. John Sohn necesitaba a alguien que pintara un cuadro gigante en su sala de espera. Dijo que *lo importante era el diente,* y me pareció una propuesta interesante. Quería hacer un trato: yo pintaba el cuadro y él me arreglaba todos los dientes. Me explicó por qué quería el cuadro, cómo repercutiría eso sobre los clientes y el valor publicitario en su cultura. Le encantaba hablar, hablaba todo el tiempo, y a mí me encantaba escucharlo. Cuando terminamos de comer, John Sohn me presentó a unos coreanos de la mesa de al lado y tomamos el café con ellos. No pude entender nada de lo que se conversó, pero ese rato de descanso me ayudó a darme cuenta de que yo era muy feliz, porque era amigo de mi dentista, y tener amigos está muy bien.

Trabajé sobre el cuadro de John muchos días, hasta que una mañana desperté en el sillón del estudio, miré el tapiz y sentí un profundo agradecimiento. Su amistad me había dado mi mejor

cuadro. Lo llamé al consultorio y John se puso muy feliz, lo sé porque cuando algo lo entusiasmaba hablaba muy rápido, y a veces en coreano. Dijo que vendría a almorzar. Era la primera vez que mi amigo venía a visitarme. Ordené un poco los cuadros, cuidando de dejar a la vista los mejores. Subí al cuarto la ropa tirada y llevé a la cocina los vasos y los platos sucios. Saqué comida de la heladera y la preparé en una bandeja. Cuando John llegó, miró hacia todos lados, buscando el cuadro, pero todavía no era *el momento,* y él lo respetó porque los coreanos saben mucho del respeto, o al menos eso es lo que él siempre decía. Nos sentamos a almorzar. Le pregunté si quería sal, si prefería algo caliente, si le servía más gaseosa. Pero todo estaba bien para él. Pensé que podría venir alguna noche para ver películas o charlar de cualquier cosa, podíamos sacar una foto para poner en algún sitio, como hace la gente con sus familiares. Pero no dije nada todavía. John comía y hablaba. Lo hacía todo a la vez, y a mí no me molestaba porque eso es tener intimidad, es cosa de amigos. No sé cómo empezó ese tema, pero hablaba de los *niños coreanos* y la educación en su país. Los chicos entran a la escuela a las seis de la mañana y salen a las doce del día siguiente, es decir que pasan casi un día y medio en la escuela y sólo les quedan libres cinco horas, que las utilizan para regresar a sus casas, dormir un poco, y volver. Dijo que cosas como esas son las que diferencian a los coreanos del resto del mundo, las que los distingue de los demás. No me gustó, pero a uno no puede gustarle todo de un amigo, pienso yo. Y pienso que así y todo, a pesar de su comentario, estábamos bien. Le devolví la sonrisa. *Quiero que veas el cuadro,* le dije. Caminamos hasta el centro de la sala. Dio unos pasos hacia atrás, calculando la distancia necesaria, y cuando sentí que era el momento quité la sábana que cubría el cuadro. John tenía manos finas y pequeñas, como de mujer, y siempre estaba moviéndolas para explicar lo que pensaba. Pero las manos quedaron quietas, colgando de los brazos como muertas. Le pregunté qué pasaba. Dijo que el cuadro tenía que tratarse del diente. Que lo que quería era un cuadro gigante para su sala de espera, el cuadro de un diente. Repitió eso varias veces. Miramos juntos el cuadro: la cara de un coreano estrellándose contra los azulejos negros y blancos de una sala de espera muy parecida a la de John. No está mi mano estrellando la cabeza, sino que cae sola, y

lo primero que da contra el esmalte de los azulejos, lo que recibe todo el peso de la caída, es uno de los dientes del coreano, con una rajadura vertical que, un instante después, terminará por abrirlo al medio. No pude entender qué era lo que no funcionaba para John, el cuadro era perfecto. Y me di cuenta de que yo no estaba dispuesto a cambiar nada. Entonces John dijo que eso era lo que pasaba al fin y al cabo, y empezó otra vez con el tema de la educación coreana. Dijo que los argentinos éramos vagos. Que no nos gustaba trabajar y así estaba nuestro país. Que eso nunca cambiaría, porque éramos como éramos, y se fue.

Me molestó mucho todo lo que dijo John. Porque argentinos son también mi mamá y Aníbal, y ellos trabajan muchísimo, y me molesta la gente que habla sin saber. Pero John era mi amigo. Y yo aprendí a contener mi furia, y me sentí muy orgulloso de eso. Al día siguiente le escribí un *mail* explicándole que yo podría cambiar lo que fuera que él quisiera del cuadro. Le aclaré que no estaba muy de acuerdo «estéticamente», pero entendía que quizá él necesitaba algo más publicitario. Esperé un par de días, pero John no contestó. Entonces volví a escribirle, pensé que quizá estaba ofendido por algo, y le expliqué que si era así yo necesitaba saber exactamente por qué, porque si no, no podía disculparme. Pero John tampoco contestó ese *mail*. Mamá llamó a Aníbal y le explicó que todo esto pasaba porque yo era *muy sensible,* y todavía no estaba preparado para *el fracaso*. Pero esto no tenía nada que ver con eso. El séptimo día sin noticias decidí llamar a John al consultorio. Me atendió su secretaria. *Buenos días, señor; no, señor, el doctor no se encuentra; no señor, el doctor no puede responder su llamado*. Pregunté por qué, qué estaba pasando, por qué John me hacía eso, por qué John no quería verme. La secretaria se quedó unos segundos en silencio y después dijo *el doctor se tomó algunos días, señor,* y me cortó. Ese fin de semana pinté seis cuadros más de cabezas de coreanos partiéndose contra el asfalto, Aníbal estaba muy entusiasmado con los trabajos, pero yo hervía de bronca y de a ratos también seguía muy triste. Le pedí a Aníbal que averiguara dónde vivía John, y el número de teléfono. Llamé unos días más tarde. Atendió una voz de mujer, en un idioma inentendible que seguramente sería coreano. Dije que quería hablar con John, repetí el nombre de John algunas veces. La mujer dijo algo que no

entendí, algo corto y rápido. Lo volvió a repetir. Después atendió un hombre, algún otro coreano que tampoco era John y también dijo cosas que no entendí.

Así que decidí algo, algo importante. Envolví el cuadro con la sábana, salí a la calle arrastrándolo como pude, esperé una eternidad hasta dar con uno de esos taxis de aeropuerto con mucho espacio detrás, para el cuadro, y le di al taxista la dirección de John. John vivía en un mundo coreano a cincuenta cuadras de mi barrio, lleno de carteles en coreano y de coreanos. El taxista me preguntó si estaba seguro de la dirección, si quería que me esperara en la puerta. Le dije que no hacía falta, le pagué y me ayudó a bajar el cuadro. La casa de John era antigua y grande. Apoyé el cuadro en las rejas de entrada, toqué el timbre, esperé. Hay muchas cosas que me ponen nervioso. No entender algo es una de las peores, la otra es esperar. Pero esperé. Pienso que esas son las cosas que uno hace por los amigos. Había hablado con mamá unos días antes y ella había dicho que mi amistad con John tenía, además, *brechas culturales,* y que eso hacía todo más complicado. Le dije que las brechas culturales eran algo contra lo que John y yo podíamos luchar. Sólo necesitaba explicárselo, saber por qué estaba tan enojado, aunque de todas formas pensé mucho en eso de las brechas culturales y las agregué a la lista de las cosas que me ponen nervioso.

La cortina del *living* se movió. Alguien espió un momento por detrás. La voz femenina del teléfono dijo *hola* en el portero. Dije *soy yo, el del teléfono,* dije que quería ver a *John. John no,* dijo la mujer, *no*. Dijo otras cosas en coreano, el aparato hizo algunos ruidos y todo quedó en silencio. Volví a tocar. A esperar. A tocar. Escuché los pasadores de la puerta y un coreano mayor que John se asomó, me miró, y dijo *John, no*. Lo dijo enojado, frunciendo el ceño, pero sin mirarme a los ojos, y volvió a encerrarse en la casa. Me di cuenta que no me sentía bien. Que algo estaba mal en mí, como en los viejos tiempos. Volví a tocar el timbre. Grité *John* una vez, otra. Un coreano que pasaba por la vereda de enfrente se paró a ver. Volví a gritar al portero. Yo sólo quería hablar con John. Grité su nombre otra vez. Porque las *brechas* no tenían nada que ver con nosotros. Porque nosotros éramos dos, John y yo, y eso es tener un amigo. El timbre otra vez, interminable. El metal que se

clavaba en mi dedo, muy adentro de tanto apretar. El coreano de enfrente dijo algo en su idioma. No sé qué, como si quisiera explicarme alguna cosa. Y yo otra vez *John, John* muy fuerte, como si algo terrible estuviera pasándole. El coreano se acercó, hizo un gesto con la mano, para que me calmara. Solté el timbre para cambiar de dedo y seguí gritando. Se oyó una persiana caer en otra casa. Sentí que me faltaba el aire. Que me faltaba algo. Entonces, el coreano me tocó el hombro. Su pulgar en mi camisa. Y fue un dolor enorme: la brecha cultural. Mi cuerpo empezó a hervir, sentí que perdía el control, que ya no entendía las cosas, como otras tantas veces, pero que esa vez de nada serviría mirar con atención un rato. Me di vuelta bruscamente y golpeé el cuadro que cayó boca abajo sobre la vereda. Agarré al coreano de los pelos. El coreano pequeño, flaco y metido. El coreano de mierda que se levantó a las cinco de la mañana durante quince años para afianzar la brecha dieciocho horas por día. Lo sostuve de los pelos tan fuerte que me clavé las uñas en la palma de la mano. Y esa fue la tercera vez que estrellé la cabeza de alguien contra el asfalto.

Cuando me preguntan si *abrirle la cabeza al coreano sobre el reverso de mi tapiz esconde una intención estética* miro hacia arriba y hago como que pienso. Eso es algo que aprendí de ver a otros artistas que hablan en televisión. No es que no entienda bien la pregunta, es que realmente ya no me interesa nada. Tengo problemas legales, porque no sé diferenciar a los coreanos de los japoneses, ni de los chinos, y cada vez que veo uno así lo agarro de los pelos y empiezo a darle la cabeza contra el asfalto. Aníbal consiguió un buen abogado, que alega *insania,* que es que estás loco y eso es mucho mejor ante la ley. La gente dice que soy un racista, un hombre *descomunalmente malo,* pero mis cuadros se venden por millones y yo empiezo a pensar en eso que siempre decía mi mamá, eso de que el mundo lo que tiene es una gran crisis de amor, y de que, al fin y al cabo, no son buenos tiempos para la gente muy sensible.

SAMANTA SCHEBLIN nació en Buenos Aires, Argentina, en 1978. Su primer libro, *El núcleo del disturbio* (2002), obtuvo los premios Haroldo Conti y Fondo Nacional de las Artes. El segundo, *Pájaros en la boca* (2009), fue distinguido con el premio Casa de las Américas y traducido a trece idiomas. Becada por distintas instituciones, vivió temporalmente en México, Italia, China y Alemania (Berlín), donde reside desde hace dos años. Fue seleccionada por la prestigiosa revista Granta como uno de los «mejores narradores en español» y ha obtenido recientemente el premio Juan Rulfo de Francia y el premio Ribera del Duero de Narrativa Breve por su último libro *Siete casas vacías* (2015).